Globethics Repository



El pensamiento tibio [The warm thought]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Anderson, Perry
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-09 05:20:56
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154827

El pensamiento tibio
Una mirada crítica sobre la cultura francesa

Perry Anderson

Resumen

En este trabajo, Anderson aborda los cambios acaecidos en el pensamiento francés desde mediados del siglo XX hasta inicios del XXI. Analiza el paso de una cultura emblemática por su influencia, como la francesa, caracterizada por la riqueza, abundancia y complejidad de sus producciones artísticas e intelectuales, a un progresivo deterioro marcado por la aceptación de la ideología de mercado y la pérdida de la vocación crítica. Narra el privilegiado momento de producción intelectual de la posguerra en el ámbito de la Quinta República, la explosión del Mayo del '68 y la posterior conversión al liberalismo de muchos intelectuales que fueron formando el pensamiento dominante de la época,

Abstract

In this work, Anderson deals with the changes that French thinking experimented from the middle of the twentieth century to the beginnings of the twenty-first century. He analyses the transformation of the French culture, which was emblematic due to its influence, and characterized by the richness, abundance and complexity of its artistic and intellectual production, into an increasing decay marked by the acceptance of the market ideology and the loss of a critical vocation. He gives an account of the privileged moment of post-war cultural production within the framework of the Fifth Republic, the outburst of May 68, and the subsequent conversion to liberalism of many intellectuals, who gradually constituted the

CyE
Año I
Nº 1
Junio
2008

que continúa imponiéndose hasta el día de hoy. Sin embargo, el autor encuentra elementos que permiten rastrear las fisuras de esta nueva cultura hegemónica y que pueden comenzar a plantearse como base para una futura recuperación de la riqueza del tradicional espíritu crítico de esta nación.

dominant thinking of the period, which still prevails nowadays. However, the author finds elements which allow tracing down the pitfalls of this new hegemonic culture. Such elements may be thought to lead to a future recovery of the richness of the traditional critical thinking of this nation.

Perry Anderson

Historiador británico. Profesor en la Universidad de California. Autor de numerosas obras ampliamente conocidas en América Latina y animador de la *New Left Review* y la editorial Verso.

British historian. Teacher at the University of Carolina. Author of numerous widely known works in Latin America and enthusiast of the New Left Review *and of Verso publishing firm.*

Palabras clave

1| Francia **2|** Pensamiento Crítico **3|** República **4|** Democracia **5|** Neoliberalismo **6|** Socialismo **7|** Comunismo **8|** Intelectuales **9|** Cultura **10|** Política

Keywords

1| *France* **2|** *Critical Thinking* **3|** *Republic* **4|** *Democracy* **5|** *Neoliberalism* **6|** *Socialism* **7|** *Comunism* **8|** *Intellectuals* **9|** *Culture* **10|** *Politics*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

ANDERSON, Perry. El pensamiento tibio. Una mirada crítica sobre la cultura francesa. *Crítica y Emancipación*, (1): 177-234, junio 2008.

CyE
Año I
Nº 1
Junio
2008

El pensamiento tibio
Una mirada crítica sobre la cultura francesa[1]

I. Declinación[2]

Para cualquier extranjero, Francia es, entre los países europeos, el más difícil sobre el cual escribir. Su complejo abordaje es función, en primera instancia, de la inmensa producción que sobre su sociedad elaboraron los mismos franceses en una escala impensada en otro lugar. Para tener una idea, basta con mencionar los setenta títulos referidos solamente a la campaña electoral de la primavera de 2002, los doscientos libros sobre Mitterrand, los tres mil sobre De Gaulle. Por supuesto que tales números incluyen también una gran cantidad de material poco consistente. Pero no son mera logomaquia. Elevados niveles de rigor estadístico, inteligencia analítica y elegancia literaria siguen distinguiendo lo mejor de la literatura francesa sobre Francia misma, en dimensiones con las que ninguna tierra vecina puede competir.

Frente a este cúmulo de escritos autodescriptivos y autorreferenciales, ¿qué puede añadir la mirada extranjera? La ventaja del distanciamiento sería la respuesta antropológica –la *regard lointain*[3] de Lévi-Strauss. Pero en Inglaterra carecemos de la disciplina de la distancia real. Francia es tan erróneamente familiar: el reiterativamente estilizado Otro de la historia insular y de la imaginación popular; la cultura cuyas palabras son aún las que se enseñan con mayor frecuencia; sus películas son proyectadas; sus clásicos, traducidos; el viaje más corto para el turista; el anuncio más elegante para elegir una segun-

1 N. del E.: Las dos partes que componen este artículo aparecieron en la *London Review of Books* con los títulos *Dégringolade* (2 de septiembre de 2004) y *Union Sucrée* (23 de septiembre de 2004). El título que adoptamos para el conjunto ha sido sugerido por la edición francesa: Perry Anderson, *La pensée tiède. Un regard critique sur la culture française. Suivi de la pensée réchauflée* (París: Seuil, 2005). Esta edición incluye una respuesta de Pierre Nora. Traducción del inglés: Bárbara Schijman. Revisión técnica: Horacio Tarcus.

2 N. de la T.: En francés en el original: "Dégringolade".

3 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "la mirada alejada".

da residencia. Ahora Londres, en tren, está más cerca de París que de Edimburgo; hay cerca de 15 millones de visitantes británicos a Francia por año, más que los provenientes de cualquier otro país. La proximidad aquieta. Su efecto es equivalente, a lo largo y ancho del país, al de una trampa contra la cual es alertado todo alumno que lucha con el francés. Francia misma se convierte en una especie de *faux ami*[4].

Los especialistas ingleses rara vez ayudan a corregir este error. Es llamativo que los dos historiadores más reconocidos sobre la historia de Francia, Richard Cobb y Theodore Zeldin, hayan adoptado la propensión nacional por lo arbitrario y excéntrico al extremo, como si, derrotados por su objeto, hubieran debido recurrir, en compensación, como una suerte de versión historiográfica del Mayor Thompson, a una paródica exhibición de las imágenes que los franceses se hicieron de lo inglés. Otras contribuciones menos laboriosas –ciencia política, estudios culturales, periodismo de gran categoría– ofrecen un escaso antídoto al asunto. Los reportajes o la literatura de divulgación mismos a menudo resultan vergonzantes: unos pocos informes son con regularidad tan insípidos como aquellos enviados por París, como si fuera de algún modo el lecho de muerte de la imaginación del corresponsal. Una brillante oscuridad cubre al país, filtrando sus escollos para los comentarios cruzados de los canales. Es poco probable que lo que sigue escape a una parte de ellos.

El escenario actual es un punto de partida tan bueno como otros, dado que ofrece un ejemplo elocuente acerca de las ilusiones de familiaridad. Los diarios, las revistas y las librerías rebasan con debates sobre la decadencia francesa. Arrimándose gradualmente a la superficie en los últimos años, *le déclinisme* irrumpió con toda su fuerza con la publicación, el invierno pasado, de *La France qui tombe*, una enérgica denuncia de inacción e inoperancia nacional –"la siniestra continuidad entre los catorce años de François Mitterrand y los doce de Jacques Chirac, unidos por su talento de ganar elecciones y arruinar a Francia"– escrita por Nicolas Baverez, un economista e historiador de la centroderecha (Baverez, 2003: 131)[5]. Han proliferado refutaciones, apologías, réplicas y alternativas. A primera vista, Baverez parece una versión francesa de un thatcherista, un neoliberal de una persuasión más o menos estricta, y la controversia total como una repetición de los debates de larga data sobre el deterioro en este país. Pero las apariencias engañan. El problema no es el mismo.

4 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "falso amigo".

5 Para una laboriosa respuesta desde el "justo medio", ver Duhamel (2003: 163).

El declive de Gran Bretaña desde la guerra ha sido un proceso interminable. Pero su punto de partida es claro: las ilusiones engendradas por la victoria de 1945, la cosecha de 1914, seguidas prácticamente sin interrupción por las realidades de la dependencia financiera sobre Washington, la austeridad en el país y el retraimiento imperial en el extranjero. Cuando una década después arribó la prosperidad del consumidor, el país ya estaba quedando detrás del crecimiento de las economías continentales, y en pocos años se encontró apartado de una Comunidad Europea cuya construcción había rechazado. En su momento, el Estado de Bienestar mismo –un hito al momento de su creación– fue superado en otros países. No hubo ningún ajuste de cuentas dramático con el pasado, sólo un gradual desliz dentro de un marco de completa estabilidad política.

La llegada de la Quinta República coincidió con el pleno florecimiento de las energías intelectuales que distinguen a Francia por dos generaciones después de la guerra.

En el extranjero, la descolonización se condujo firmemente, con poco costo para el país de origen, debido en gran parte al factor suerte. La India era demasiado grande como para presentar batalla. La guerra en Malasia, a diferencia de Indochina, pudo ganarse porque el movimiento comunista estaba basado en una minoría étnica. Rhodesia, a diferencia de Argelia, estaba logísticamente fuera de alcance. Los costos para los colonizados eran otro tema, en la sangrienta madeja de particiones rezagadas: Irlanda, Palestina, Pakistán, Chipre. Pero la sociedad británica salió indemne. Sin embargo –al igual que el Estado de Bienestar con el que frecuentemente se la asociaba, como un logro principal del orden de posguerra–, la retirada del imperio a la larga también perdió su lustre cuando el absceso del Ulster se reabrió. El desarrollo decisivo del período encontró su razón en el abandono, luego de la expedición de Suez, de cualquier pretensión de autonomía por parte del Estado británico respecto de Estados Unidos. De ahora en adelante, la adhesión de la nación a la superpotencia mundial –asimilada como un imperativo político por ambos partidos, incluso más profundamente por el Laborista que por el Conservador– amortiguó

la sensación de pérdida en la imaginación popular, logrando el mismo efecto en el mundo en general. La vida intelectual no era tan disímil; la vitalidad luego de la guerra provino en gran parte de fuentes externas, emigrantes de Europa Central y Oriental, con pocas eminencias locales. Aquí, también, hubo hundimiento sin demasiada tensión.

El sentimiento de la decadencia se volvió agudo dentro de las elites británicas sólo cuando en los setenta estallaron feroces luchas distributivas, con el inicio de una situación económica de estancamiento e inflación. El resultado fue un brusco cambio del centro de gravedad en el sistema político, y Margaret Thatcher recibió el mandato de reparar la caída de las fortunas del país. La medicina neoliberal, continuada bajo el Nuevo Laborismo, reavivó los espíritus del capital y rediseñó el paisaje social –con Gran Bretaña siendo pionera en el ámbito internacional de programas de privatización y desregulación, tal como lo había sido alguna vez del Estado de Bienestar y la nacionalización. Se organizó una modesta recuperación económica, en medio de infraestructuras que aún se deterioraban y de una creciente polarización social. Con la reciente desaceleración en Europa, se han vuelto más comunes los reclamos de un renacimiento nacional, sin llegar a adquirir una convicción ampliamente generalizada.

En el extranjero, el éxito más famoso de Thatcher fue recuperar la insignificante colonia antártica de las Falklands; el de Blair, por su parte, la posición que adoptó sumando sus brigadas a la invasión norteamericana a Irak. El orgullo o la vergüenza en tales empresas apenas afectan al resto del mundo. Internacionalmente, ahora el ícono cultural del país es una celebridad del fútbol. El escenario evidencia poca modificación de disposiciones políticas; crecimiento moderado, pero todavía baja productividad; universidades en aprietos y desmoronamiento de los ferrocarriles; la no remoción de autoridades del tesoro, la banca y la ciudad; y una diplomacia subordinada. El historial carece de alto relieve. El modo británico de entrar en decadencia en el mundo podría ser denominado en sí mismo un asunto mediocre.

La historia de Francia ha sido otra. La derrota y la ocupación la dejaron, luego de la Liberación, en un punto de partida muy por debajo de aquel de Gran Bretaña. La Resistencia había salvado su honor, y Potsdam su rostro, pero era un poder sobreviviente más que uno vencedor. Económicamente, Francia era todavía una sociedad predominantemente rural, con un ingreso per cápita por encima de la mitad del estándar británico. Sociológicamente, el campesinado permaneció por un gran margen como su clase más voluminosa: el 45% de la población. A nivel político, la Cuarta República tropezó con arenas movedizas de inestabilidad gubernamental y desastre colonial. Poco más

de una década después de la Liberación, el ejército estaba en la revuelta en Argelia, y el país al borde de la guerra civil. Toda la experiencia de la posguerra asomó como un espectacular fracaso.

En rigor, la Cuarta República ha sido en cierta manera un período de extraordinaria vitalidad. Fue durante estos años que la estructura administrativa del Estado francés fue reacondicionada, y que la elite tecnócrata que hoy domina los negocios y la política del país tomó forma. Mientras el cuerpo ministerial rotaba, los funcionarios públicos aseguraban la continuidad en las políticas intervencionistas que modernizaron la economía francesa (duplicando prácticamente la tasa de crecimiento de Gran Bretaña). Arquitectos franceses –Monnet y Schumann– sentaron las bases de la integración europea, y fueron los políticos franceses quienes dieron el cierre final al Tratado de Roma: el nacimiento de la Comunidad Europea, justo antes de que la Cuarta República pereciera, se debió más a Francia que a cualquier otro país. La literatura francesa, en los días de Sartre, Camus y De Beauvoir, disfrutó de un círculo de lectores internacionales probablemente sin igual en el mundo de la posguerra, mucho más allá de la posición alcanzada en el período de entreguerras.

Así, cuando De Gaulle llegó al poder, llevado por la ola de la revuelta militar en Argelia, el Estado ruinoso que heredó ofreció, en efecto, bases sólidas para la recuperación nacional. Desde luego, él prometió mucho más que eso. Francia –había anunciado– era inconcebible sin grandeza. En su vocabulario, la palabra tenía connotaciones que escapan a las vulgares pretensiones de "grandeza" atribuibles a Gran Bretaña; se trataba de un ideal más arcaico y abstracto, incluso para muchos de sus compatriotas de aquella época. No obstante, es difícil negar que el hombre y la reconstrucción que presidió no pasaron la prueba. Es usual compararlo con Churchill, como estatuas del panteón nacional. Pero, más allá de cualquier leyenda romántica, existe una discrepancia entre ellos. El logro histórico de De Gaulle fue mucho mayor. Aunque colorido, el rol de Churchill en la Gran Bretaña del siglo XX demostró ser en comparación bastante limitado: un liderazgo inspirador de su país, crucial por un año, en una guerra ganada por las tropas soviéticas y la riqueza americana, y un breve epílogo de una inclasificable gestión en tiempos de paz. La imagen que dejó fue enorme; la impronta, modesta. Poco en la Gran Bretaña de posguerra, a excepción de las persistentes ilusiones imperiales, es atribuible a él.

En el exilio, el liderazgo de De Gaulle en tiempos de guerra fue puramente simbólico, y su acomodamiento a la paz, a la cual dio una mano mayor que la de Churchill, un poco más exitoso. Pero él era una generación más joven, con una actitud más reflexiva y una menta-

lidad más original. Cuando volvió al poder una década después, había dominado las artes de la política, y demostró una habilidad política moderna extraña y singular. En Occidente, ningún otro líder de posguerra se acerca a su récord. Hábilmente, puso fin al mayor conflicto colonial del siglo –en su apogeo, el ejército francés en Argelia contó con 400 mil soldados, mientras que fueron asesinados un millón de argelinos–, y doblegó la resistencia de aquellos que antes lo habían llevado al poder. Se fundó una nueva República, con instituciones –sobre todo, un Ejecutivo presidencial fuerte–, diseñada para otorgar al país estabilidad política. La modernización de la economía, de la mano de la alta tecnología, procedió a buen ritmo, con importantes programas de infraestructura y un rápido aumento del nivel de vida en las ciudades, a medida que el crecimiento se aceleraba. La agricultura de gran escala fue protegida por la Common Agricultural Policy (CAP)[6], una construcción francesa, mientras el campo comenzó a vaciarse y la capital recobraba su prístino esplendor.

Más sorprendente aún fue la transformación de la posición del Estado francés en el mundo. Como la Guerra Fría continuaba, De Gaulle hizo de Francia el único poder verdaderamente independiente en Europa. Sin romper con EE.UU., construyó un disuasivo nuclear con el cual no le debía nada al país del Norte, que lo "amartilló" *à tous azimuts*[7]. La decisión de retirar las fuerzas francesas del mando de la OTAN, el boicot a las operaciones de EE.UU. bajo el aparente disfraz de la ONU en el Congo, el acopio de oro a fin de debilitar el dólar, su condena a la guerra norteamericana en Vietnam y a la arrogancia israelí en Medio Oriente, su veto a la entrada británica al Mercado Común son acciones impensables en el medroso mundo de hoy, como lo eran para los gobernantes de Gran Bretaña en aquel momento. Ningún país del período tenía claramente tan poco que ver con cualquier noción de decadencia. Dotada de una vigorosa economía, un Estado excepcionalmente fuerte y una política exterior intrépida, Francia desplegó un ímpetu mayor que el de cualquier momento desde la *belle époque*.

El resplandor del país fue también cultural. La llegada de la Quinta República coincidió con el pleno florecimiento de las energías intelectuales que distinguen a Francia por dos generaciones después de la guerra. Mirando retrospectivamente, la gama de obras e ideas que lograron influencia internacional es asombrosa. Podría afirmarse que no se había visto nada semejante en un siglo. Tradicionalmente,

6 N. de la T.: En castellano, Política Agrícola Comunitaria o Política Agrícola Común.

7 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "por todas partes".

la literatura siempre ha ocupado la cima en las cumbres de prestigio dentro de la cultura francesa. Justo debajo yace la filosofía, rodeada de sus propios nimbos, ambas adyacentes desde los días de Voltaire y Rousseau hasta aquellos de Proust y Bergson. En niveles inferiores se encontraban las ciencias humanas, siendo la historia la más prominente de ellas, la geografía o etnografía no demasiado lejos, y la economía más abajo. Bajo la Quinta República, esta jerarquía consagrada sufrió cambios significativos. Sartre rechazó un Premio Nóbel en 1964; luego de él, ningún escritor francés jamás adquirió la misma autoridad pública, ni en el país ni en el extranjero. El *nouveau roman* permaneció

Ningún otro país, ni siquiera Italia, se arrimó al esplendor del cine francés de esos años.

como un fenómeno más restringido, de atractivo limitado dentro de la propia Francia, y más limitado aún en el exterior. Las letras en el sentido clásico perdieron su posición dominante dentro de la cultura en general. Lo que ocupó su lugar fue una exótica alianza de pensamiento filosófico y social. Fue justamente el producto de esta unión lo que dio a la vida intelectual, en la década del reinado de De Gaulle, su esplendor e intensidad peculiares. En estos años, Lévi-Strauss se convirtió en el antropólogo más célebre del mundo; Braudel se estableció como su historiador más influyente; Barthes se transformó en su crítico literario más distintivo; Lacan comenzó a adquirir su reputación como el mago del psicoanálisis; Foucault, a inventar arqueología del saber; Derrida, a convertirse en el filósofo antinómico de la época; y Bourdieu, a desarrollar los conceptos que harían de él el sociólogo más conocido del país. La explosión concentrada de ideas es asombrosa. En sólo dos años (1966 y 1967) aparecieron: *Du miel aux cendres*, *Les mots et les choses*, *Civilisation matérielle et capitalisme*, *Système de la mode*, *Ecrits*, *Lire le Capital* y *De la grammatologie*, por no hablar –proveniente de otra latitud– de *La société du espectácle*. Independientemente de la diferente relación entre estos y otros escritos, no parece del todo sorprendente que una fiebre revolucionaria haya absorbido la atención de la sociedad misma al año siguiente.

La recepción de esta efervescencia en el extranjero varió de un país a otro, pero ninguna de las principales culturas de Occidente, por no hablar de Japón, estuvo realmente exenta de ella. Esto se debió en parte al tradicional prestigio de cualquier cosa que fuera parisina, con sus tonalidades tanto en el modo como en el espíritu. Pero fue también efecto de la novedosa elisión de géneros en gran parte de este pensamiento. Porque si la literatura perdió su posición en el ápice de la cultura francesa, el efecto no fue tanto un destierro como un desplazamiento. Consideradas comparativamente, la característica más destacada de las ciencias humanas y la filosofía que contaba en este período era la medida en que llegaron a ser escritas cada vez más como ejercicios de estilo virtuosos, utilizando los recursos y las licencias artísticas en lugar de las formas académicas. Los *Ecrits* de Lacan, con su sintaxis más próxima a Mallarmé que a Freud, o *Glas* de Derrida, con su doble columna entrelazando Hegel y Genet, representan las formas extremas de esta estrategia. Pero los misteriosos gestos de Foucault mezclando los ecos de Artaud y Bossuet, las construcciones wagnerianas de Lévi-Strauss, las coqueterías eclécticas de Barthes, pertenecen al mismo registro.

Para entender este desarrollo, es preciso recordar el papel formativo de la retórica, filtrándose a través de la disertación, en los niveles superiores del sistema educativo francés en el cual todos estos pensadores –*khâgneux* y *normaliens*– fueron formados, como un guión que unía potencialmente literatura y filosofía. Incluso Bourdieu, cuyo trabajo tomó como uno de sus principales objetos esta tradición retórica, no pudo evitar su propia versión de sus cadencias; mucho menos incluso que Althusser, cuyas oscuridades denigró el sociólogo. El costo potencial de una concepción literaria de las disciplinas intelectuales es bastante obvio: argumentos sin lógica, proposiciones sin pruebas. Los historiadores eran menos propensos a tal substitución de importación de literatura, pero incluso Braudel no resultaba inmune a la pérdida de controles en una elocuencia demasiado extravagante. Es este rasgo de la cultura francesa de la época el que tan a menudo ha polarizado las reacciones extranjeras ante la misma, en un balancín entre la adulación y la sospecha. La retórica está diseñada para proferir un hechizo, y surge fácilmente un culto entre aquellos que caen bajo su manto. Pero también puede repeler, aunando acusaciones de prestidigitación e impostura. Un juicio equilibrado nunca será sencillo. Lo que queda claro es que la fusión hiperbólica de las formas imaginativas y discursivas de escritura, con todos sus vicios, era también inseparable de todo lo que hizo de este cuerpo de trabajo el más original y radical.

La vitalidad de la cultura de Francia bajo De Gaulle no respondió solamente a estas superioridades. Otro indicio en este sentido

estaba relacionado con lo que más tarde fue el periódico más prestigioso del mundo, *Le Monde*. Bajo el austero régimen de Hubert Beuve-Méry, París disfrutó de un diario cuya cobertura internacional, independencia política y calidad intelectual lo ubicaron en un espléndido nivel sin competencia alguna en el mundo de la prensa occidental de la época. El *New York Times*, el *Times* o el *Frankfurter Allgemeine* eran en comparación periodicuchos provinciales. En el mundo académico, este fue también el momento en que los *Annales*, todavía un asunto relativamente modesto durante la Cuarta República, se convirtieron en la fuerza dominante en la historiografía francesa, adquiriendo por ello un papel más central dentro de la cultura pública –algo de lo que alguna vez habían gozado, pero que habían perdido hacía mucho tiempo– y un gran arco de influencia en el exterior. El hecho de que Braudel estuviera al mando de la Sixième Section de la École Pratique des Hautes Etudes le permitió rejuvenecer a las ciencias sociales, y sentar las bases de lo que se convertiría en la Maison des Sciences de l'Homme, reagrupando disciplinas y talentos de una manera digna del Consulado. Por último, pero no por ello menos importante, estaba, por supuesto, el cine. En este caso, como en muchos otros, el origen de una espectacular explosión de creatividad reside en las subculturas de la Cuarta República. Una de sus características, todavía sin merma a través de la década del sesenta, había sido el número y la variedad de sus revistas de ideas, que desempeñaron un rol mucho más importante en la vida intelectual que en cualquier otro lugar en Occidente. *Les temps modernes* de Sartre, *Critique* de Bataille y *Esprit* de Mounier fueron sólo las más conocidas de ellas. Fue en este contexto que *Cahiers du cinéma* de Bazin tuvo su lugar, como el crisol en el cual se formaron las pasiones y convicciones de los futuros directores de la *Nouvelle Vague*.

El debut de estas películas coincidió con la llegada de De Gaulle al poder. *Les quatre cents coups* y *Les cousins* se lanzaron en el año 1959; *A bout de souffle*, en 1960. Notoriamente, después de la guerra, París había dejado de ser la capital de la pintura moderna, una posición que había mantenido durante un siglo. Sin embargo, dentro de las artes visuales en su conjunto, podría decirse que Francia recuperó el brío en imágenes conmovedoras. O si, con la misma verosimilitud, consideramos al cine como el arte que ha ocupado el lugar de la novela como la forma narrativa dominante de la época, Godard podría ser visto como el equivalente contemporáneo de los grandes escritores franceses del pasado, produciendo una proeza tras otra –*Le mépris*, *Bande à part*, *Une femme mariée*, *Pierrot le fou*, *Deux ou trois choses*, *La chinoise*, *Weekend*, resaltando la década como alguna vez lo hicieran

los últimos volúmenes de Balzac o Proust. Ningún otro país, ni siquiera Italia, se arrimó al esplendor del cine francés de esos años.

Hoy, todo esto ha pasado. El sentimiento extendido es que la Quinta República, a medida que se acerca a su medio siglo, presenta un paisaje arruinado. La economía, luego de avanzar lentamente al 1,3% anual durante los noventa, está hundida en otra depresión, con un déficit que se profundiza, una deuda pública creciente y niveles muy altos de desempleo. Más del 9% de la mano de obra, reducida por las altas tasas de jubilación anticipada, se encuentra sin trabajo. Una cuarta parte de la juventud francesa está desocupada; dos quintos, entre las familias de inmigrantes. La enseñanza secundaria, alguna vez la mejor de Europa, se ha deteriorado sin cesar; una gran cantidad de quienes provienen de ella apenas sabe leer y escribir. Aunque Francia todavía gasta más en un alumno en sus *lycées* (gasto que por primera vez fue superado, excepto en el nivel más alto, por las escuelas privadas) que en un estudiante en sus universidades, cuenta con una de las tasas más bajas de lectura de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). La investigación científica, medida por la financiación o los descubrimientos, ha caído en picada; la emigración, prácticamente desconocida en el pasado, drena ahora los laboratorios del país.

Existe un creciente desprecio público hacia un sistema político plagado de corrupción. Casi un tercio del electorado se negó a emitir su voto en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2002; el beneficiado obtuvo menos de un quinto de los votos; el 40% del padrón se abstuvo en las elecciones legislativas. La Asamblea Nacional es el parlamento más débil del mundo occidental, con más de un parecido a las *cámaras de eco* del Primer Imperio. El actual gobernante del país estaría en el banquillo de los acusados por malversación si una corte constitucional no se hubiese apresurado a otorgarle inmunidad judicial: un pisoteo de la igualdad ante la ley que ni siquiera su colega italiano –en lo que se suele pensar como una cultura política aún más cínica– ha sido capaz de garantizar. La política exterior es una parodia abigarrada del gaullismo: explícita oposición al pretexto de entrar en guerra en Medio Oriente, seguida de una práctica disposición del espacio aéreo y rápidos deseos de victoria una vez que el ataque se había iniciado; luego impaciencia por reparar la deslealtad con un golpe conjunto para derrocar a otro insatisfactorio gobernante en el Caribe, y consentimiento para instalar un régimen títere en Bagdad. En el país, el prestigio de las obras públicas, que incluso hasta fines de los noventa fueron una piedra de toque de orgullo nacional, yace en el depósito de polvo y escombros de Roissy.

La tensión económica y la corrosión política pudieron, a pesar de todo –se podría argumentar–, dejar intactos los valores esenciales de Francia, tanto desde su propia mirada como la del mundo. Después de todo, ninguna otra nación, ha basado su identidad tan notoriamente en la cultura, entendida en el sentido más amplio. Pero aquí también, tanto o más que en los asuntos relativos a la industria o el Estado, el panorama en general es triste: ante los ojos de muchos, una auténtica *dégringolade*. Los días de Malraux se marcharon hace tiempo. No se podría encontrar ningún símbolo mejor de las condiciones vigentes que el destino de su desventurado descendiente como filósofo de la corte, el *salonnier* Luc Ferry, ministro de Educación bajo el gobierno de Chirac –bombardeado por su último opúsculo y silbado por los profesores cuando intentó recorrer las escuelas para persuadir a sus miembros respecto de las últimas medidas de recorte presupuestario, y luego sumariamente desplazado como una vergüenza para su protector.

En un sentido amplio, una sensación de empobrecimiento y degradación, el entrelazamiento de la corrupción política o financiera con la intelectual, se ha vuelto dominante. La prensa y la televisión, por mucho tiempo manejadas por las prácticas incestuosas de la *renvoi d'ascenseur* –¿existe un equivalente tan exacto y claro en algún otro idioma?– han perdido las restricciones anteriores, no sólo en cuanto a su abordaje de las ideas, sino con los negocios y el poder. El deterioro de *Le Monde* es emblemático. En la actualidad, el periódico es una parodia del diario creado por Beuve-Méry: estridente, conformista y parroquial, cada vez más hecho a imagen y semejanza de su sitio web, que asedia al usuario con más vanidosos *pop-ups* y estúpida publicidad que un tabloide norteamericano. El disgusto que muchos de sus lectores –atrapados dada la ausencia de una alternativa– sienten por aquello en que se ha convertido se reveló cuando una polémica sumamente desigual contra el trío de gerentes que lo pervirtieron –Alain Minc, Edwy Plenel y Jean-Marie Colombani– vendió 200 mil ejemplares, en el marco de amenazas legales contra los autores, luego retiradas para evitar una mayor ofuscación hacia ellos en el tribunal.

La face cachée du "Monde"[8], unas seiscientas páginas que mezclan documentación perjudicial con no pocas inconsistencias e irrelevancias, revela maniobras económicas rapaces, adulaciones y *vendettas* políticas, un atroz compadreo cultural y –por último, pero no por ello menos importante– un autoenriquecimiento voraz, repug-

8 N. de la T.: Juego de palabras entre la cara oculta del mundo y la "cara oculta" del diario *Le Monde*.

nante desde cualquier punto de vista. "Desde que se fundó *Le Monde*", comentó Beuve-Méry luego de retirarse, "el dinero ha estado esperando abajo, al pie de la escalera, para poder entrar a la oficina del editor. Espera allí, paciente como siempre, convencido de que al final tendrá la última palabra" (Péan y Come, 2003: 604). El conglomerado de medios de comunicación montado por Colombani y sus asociados da cuenta de que ha subido la ocupación. Sin embargo –un motivo poderoso más allá de lo extrema que pueda ser la codicia en la parte superior–, el periodismo que representan es demasiado penetrante como para explicarlo simplemente de este modo. Un enfoque más profundo puede encontrarse en la exposición de Serge Halimi sobre las complicidades entrelazadas –de un extremo a otro del espectro– de los comentarios del *establishment* en relación con los asuntos públicos, en *Les nouveaux chiens de garde* (1997)[9]. Lo que este sardónico estudio de adulación y fachada mutuas entre las cabezas parlantes y los sabios editoriales de la sociedad parisina muestra es un sistema de connivencia, basado tanto en inversiones ideológicas como materiales en el mercado.

El mundo de las ideas está apenas en mejor estado. La muerte se ha llevado prácticamente a todos los grandes nombres: Barthes (fallecido en 1980), Lacan (1981), Aron (1983), Foucault (1984), Braudel (1985), Debord (1994), Deleuze (1995), Lyotard (1998), Bourdieu (2002). Sólo Lévi-Strauss, a los 95 años, y Derrida, a los 74, sobreviven[10]. Ningún intelectual francés ha adquirido una reputación internacional comparable desde entonces. Semejante carencia no es necesariamente una medida de valor. Pero mientras se continúa produciendo un trabajo individual de características distintivas, la condición general de la vida intelectual es sugerida por la estrafalaria prominencia de Bernard-Henri Lévy, por lejos "el pensador" por debajo de los 60 años más conocido en el país. Sería difícil imaginar una inversión más extraordinaria de las normas nacionales de gusto e inteligencia que la atención concedida a este tonto insensible en la esfera pública de Francia, a pesar de las innumerables pruebas de su incapacidad para postular una idea clara y de peso. ¿Podría semejante personaje caricaturesco prosperar hoy en alguna de las otras culturas occidentales principales?

Si esto es lo que establece la reivindicación de la filosofía, la literatura no está tan lejos. El principal novelista de hoy, Michel

9 Esta maravillosa pequeña disección ha conocido diecisiete ediciones y ha vendido 300 mil ejemplares. No existe equivalente inglés, aun cuando diarios como *The Guardian* y consortes reclamaran uno.

10 N. del E.: Jacques Derrida murió el 9 de octubre de 2004, pocas semanas después de que se publicara este artículo.

Houellebecq –el "Baudelaire de los supermercados" a los ojos de sus admiradores–, ocupa una posición no muy diferente a la de Martin Amis en las letras inglesas, como el escritor por quien a los lectores más les gusta sentirse conmocionados, aunque, más allá de los lugares comunes del sexo y la violencia, sus formas de *épater* son asimétricas: extravagancia de estilo y *bienséance*[11] de sentimientos en Amis, provocación de ideas y banalidad de prosa en Houellebecq. Desde una perspectiva intelectual, la versión francesa es menos convencional –capaz del ocasional e inquietante, aunque no muy profundo, apotegma– pero, como puede anticiparse desde sus comienzos, más pobre en imaginación literaria. En principio, el constante monólogo de oraciones vacuas y vagas reproduce, no tanto los límites del talento del escritor, como el mundo desmoralizado que representa. Pero una mirada a los versos ramplones de la poesía de Houellebecq sugiere que la correspondencia entre ellos es tan sólo demasiado natural. Que la escritura de esta calidad pudiera dominar la aclamación oficial dice algo sobre otra vieja debilidad de la cultura francesa. Notoriamente, la crítica tiene muy poco lugar en ella. La idea estándar de una crítica literaria –ver *La Quinzaine Littéraire*, *Le Nouvel Observateur*, *Le Monde des Livres*, *Libération*– es lo que en otros sitios sería considerado no mucho más que un soplo. La regla tiene sus excepciones, pero estas tienden a una simple inversión, la infamia como otro ritual. No existe equivalente del *Times Literary Supplement* o la *London Review of Books*, de *L'Indice* o de la sección libros de *The New Republic*, incluso de las aburridas de *Die Zeit*: el compromiso verdadero, sostenido y exigente, con una obra de ficción, de ideas o de historia se ha vuelto inusual.

Históricamente, ni la derecha ni la izquierda –si bien apasionadamente divididas en torno a otras cuestiones– confiaron nunca en el mercado como principio organizador del orden social.

No siempre fue así. La cultura de la Cuarta República y los primeros años de la Quinta, cuando las divisiones políticas eran mayo-

11 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "decoro", "conveniencia".

res y más profundas y los conflictos entre, y dentro de, los periódicos eran más animosos, acarreó discusiones y críticas mucho más auténticas que las que pueden encontrarse hoy en día. *Cahiers du cinéma* constituye un caso asombroso en este punto. ¿Qué hay ahora? Otra revista comercial en el registro de Colombani, que podría confundirse en los quioscos de diarios con *Elle*. Si el cine francés no ha caído a estos mismos niveles, se debe principalmente al continuo flujo de obras por parte de sus transformadores originales: Godard, Rohmer y Chabrol están tan activos como cuando comenzaron. En lo que refiere a su producción contemporánea, en años recientes Francia ha exportado con éxito *Amélie*, un *kitsch* lo suficientemente empalagoso como para hacer retorcer hasta a Hollywood.

El actual escenario francés no puede, por supuesto, ser reducido a sus expresiones menos atractivas. Ningún mero inventario de deficiencias podría capturar las realidades desiguales de una sociedad en movimiento; deben considerarse aún otras características y fuerzas. Es cierto también que todas las comparaciones intertemporales están sujetas a la distorsión y la ilustración selectiva. En el caso de Francia, todavía atormentada por la regencia segura de sí del General, probablemente más que en otros sitios. Pero el malestar actual no es una quimera, y requiere de una explicación. ¿Qué subyace detrás del aparente hundimiento de las instituciones, ideas, formas y normas? Una primera hipótesis obvia sería que la vida de lo que alguna vez fue la "excepción francesa" –esto es, todos aquellos modos en que esta sociedad y su cultura escaparon de las mediocres rutinas del ecumene Atlántico que las rodeaban– ha sido gradualmente desplazada del país por dos fuerzas irrefrenables: el avance mundial del neoliberalismo y el surgimiento del inglés como idioma universal. Indudablemente, ambos han golpeado los cimientos de las concepciones tradicionales de Francia. Históricamente, ni la derecha ni la izquierda –si bien apasionadamente divididas en torno a otras cuestiones– confiaron nunca en el mercado como principio organizador del orden social: el concepto de *laissez-faire* es una expresión francesa que fue siempre ajena a la realidad del país. Aún hoy, tan profundo es el recelo hacia este concepto que aquí, únicamente, el término "neoliberal", con todas sus connotaciones negativas, tiene poca actualidad, como si fuera redundante: en el contexto de una considerable gama de opiniones, el término "liberal" a secas sigue siendo suficiente para señalar el encono. La *gleichschaltung*[12] de la economía occidental, que comenzó en la era de Thatcher y Reagan, estaba así des-

12 N. de la T.: En alemán en el original. En castellano, "sincronización".

tinada a ser especialmente dolorosa en el marco de una herencia nacional caracterizada por la intervención económica y la protección social, común tanto a la Cuarta como a la Quinta República.

Coincidiendo con la presión económica de los mercados financieros desregulados, llegó la victoria del inglés como el instrumento global irresistible para el intercambio comercial, científico e intelectual. Para los países más pequeños de Europa del Norte, Benelux y Escandinavia, esto no hacía sino confirmar un bilingüismo ampliamente extendido. Las elites políticas e intelectuales de la República Federal Alemana habían sido siempre tan esclavas de EE.UU., como el salvador de un pasado vergonzoso, que las pretensiones de los alemanes luego de la guerra eran insignificantes. Los italianos, por ejemplo, nunca consideraron que su idioma tuviera importancia más que para ellos mismos. Francia se encontraba en una situación completamente diferente. El francés había sido alguna vez el idioma común de la Ilustración, hablado por las clases altas de todo el continente, e incluso a veces algunos –Prusia, Rusia– lo preferían al propio. Siguió siendo el modismo estándar de la diplomacia durante el siglo XIX. Era todavía el principal medio de la burocracia europea de la Comunidad, hasta la década del noventa. Por largo tiempo identificada con la idea de la civilización francesa –algo más que una cultura simplemente–, se trataba de una lengua con un sentido de su propia universalidad.

Los fuegos artificiales intelectuales de los *trente glorieuses*[13], sonando en lo alto y explotando mucho más allá de las fronteras de Francia, sostuvieron esta noción. Pero las condiciones que los produjeron dependieron de la capacitación de una elite monolingüe enormemente segura de sí misma, espiritual y práctica, en la École Normale y en los *lycées* parisinos clave que formaron generaciones y generaciones de talentos.

El surgimiento de la École Nationale d'Administration, fundada en 1945 con el objetivo de transformarse en el semillero de los individuos ambiciosos en materia de política y negocios (Pompidou fue el último *normalien*[14] en gobernar el país), ya había intentado convertir a una educación privilegiada y bien dotada en una con dirección más tecnócrata. Luego, con posterioridad a 1968, las reformas en las universidades y escuelas siguieron el mismo patrón en otros lugares: ampliación del acceso a la educación, sin los recursos necesarios para mantener los estándares de un sistema más cerrado.

13 N. de la T.: En francés en el original. La expresión "los treinta gloriosos" pertenece a Jean Fourastié y designa la treintena de años (1945-1973) en que el mundo occidental experimentó una notable expansión económica.

14 N. de la T.: Último dirigente egresado de la École Nationale.

La democratización a bajo precio inevitablemente socavó el espíritu y la cohesión de una institución nacional que había sido el orgullo de la Tercera República. El prestigio de la *instituteur* cayó en picada; los programas de estudio eran reajustados y degradados sin cesar; el promedio de los alumnos de institutos de segunda enseñanza recibían sólo nociones elementales y miserables de los clásicos franceses; las escuelas privadas se propagaron para ocupar semejante vacío. Esta es una historia con tinte familiar, que podría ser contada para referirse prácticamente a toda la sociedad occidental. Lo determinante en Francia fueron los brutales golpes a la autoestima cultural por la invasión del inglés, a través de los circuitos de negocios, el entretenimiento y el periodismo. En las últimas dos décadas, la proporción de películas francesas proyectadas cada año disminuyó de la mitad a un tercio: en la actualidad, el 60% de los films son norteamericanos. El *Le Monde* ahora distribuye una adecuada selección del *New York Times* los fines de semana. Uno de los soportes más importantes de identidad nacional se encuentra bajo grave tensión. Ante estas condiciones, era de esperarse cierto grado de desintegración en el desempeño intelectual.

Pero mientras las presiones económicas y culturales por parte de la angloesfera[15] han impuesto crecientes restricciones sobre una amplia gama de tradiciones e instituciones francesas, los cambios políticos dentro de la sociedad francesa también resultaron fundamentales a la hora de conducir al país bajo las aguas. En este punto, una clara coincidencia llama la atención. De Gaulle presidió el apogeo del renacimiento de la posguerra de Francia. Su mandato culminó en la explosión de mayo-junio de 1968. Un año más tarde se había ido. Pero, para entonces, las energías sociales liberadas en aquella crisis, al borde de la agitación, habían sido derrotadas. Ningún ímpetu equiparable resurgió alguna vez. Desde aquel momento, según esta interpretación, Francia fue hundida en la larga depresión posparto de una revolución abortada –este debería haber sido el punto decisivo de su historia moderna pero, como ya había sucedido en 1848, fracasó en cambiar de dirección.

Por más seductora que semejante conjetura pueda parecer, la secuencia real de los acontecimientos fue más complicada. Aunque el inmediato impulso revolucionario de 1968 se rompió, las energías que lo acompañaron no se extinguieron de la noche a la mañana. Políticamente hablando, aquellos ánimos desembocaron por un tiempo

15 N. de la T.: Angloesfera es una expresión utilizada para referirse a los cinco países que comparten la cultura anglosajona: Canadá, EE.UU., Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda.

en canales más convencionales de la izquierda. Los primeros años de la década del setenta registraron un rápido crecimiento en las afiliaciones al Partido Comunista, la reunificación del Partido Socialista y el acuerdo, en 1972, de un Programa Común –que parece sepultar de esta manera las divisiones de la Guerra Fría. Aunque Giscard ganó la presidencia en 1974 con escaso margen, los sondeos indicaron que las elecciones legislativas previstas para el otoño de 1978 darían una clara victoria a la izquierda, creando así el primer gobierno socialista-comunista desde la guerra, sobre una plataforma de repudio al capitalismo y exigencias de barrer con las nacionalizaciones de bancos e industrias.

Aunque el inmediato impulso revolucionario de 1968 se rompió, las energías que lo acompañaron no se extinguieron de la noche a la mañana.

Fue esta perspectiva, desencadenando algo cercano al pánico en la derecha, la que precipitó la verdadera ruptura en la historia intelectual y política de la Francia de posguerra. La movilización para detener la entrada del fantasma del marxismo al Hôtel Matignon fue rápida, radical y de gran amplitud. Los disparos más ruidosos los efectuaron los antiguos intelectuales izquierdistas, lanzados por los medios de comunicación como los *nouveaux philosophes* entre 1975 y 1977, advirtiendo acerca de los horrores del totalitarismo soviético y su ascendencia teórica. Si una línea recta podía establecerse de Engels a Yezhov, ¿estarían lo suficientemente locos los franceses como para permitir que Marchais y Mitterrand la extendieran a sus propios hogares? Agrupados bajo escabrosos títulos –*La cuisinière et le mangeur d'hommes*, *La barbarie à visage humain*– y patrocinados por el Elysée, el mensaje recibió un oportuno refuerzo de la traducción francesa del *Archipelago Gulag*, la obra de Solzhenitsyn, en 1976. Carente en gran medida de tradición académica en el estudio de la Unión Soviética y sus gobiernos, Francia había quedado por largo tiempo a la zaga de EE.UU., el Reino Unido o Alemania, en cuanto a la conciencia pública sobre los pormenores del régimen de Stalin: lo que era de dominio público en otra parte durante la Guerra Fría podría constituir una revelación para toda París durante la *détente*.

Durante un breve período, Solzhenitsyn pudo así ejercer, como lo manifestara un admirador local, "un magisterio moral" (Grémion, 1999: 75) tradicionalmente conferido por los franceses a uno de sus propios grandes escritores: un rol que caducó cuando sus opiniones poco complacientes sobre Occidente y otros inconvenientes salieron a la luz. Pero mientras duró, el efecto fue considerable, ayudando a colocar en órbita a BHL[16] y a sus colegas pensadores. Luego, en medio del creciente susto por el peligro comunista, el mismo Partido Comunista Francés (PCF) permitió a sus oponentes tomar un respiro al abandonar repentinamente su alianza con el Partido Socialista (PS) por temor a transformarse en un socio menor, y por tanto destruyendo toda chance de la izquierda de obtener una mayoría en la Asamblea Nacional. Hacia 1981, cuando Mitterrand finalmente obtuvo la presidencia, el Programa Común era cosa del pasado, y el partido, una fuerza agotada. La izquierda obtuvo las *epaulettes*[17] del poder luego de haber perdido la batalla de las ideas.

A causa de las incertidumbres de fines de los setenta, se había impulsado un frente "antitotalitario" que dominaría la vida intelectual durante las próximas dos décadas. El sabio ruso y los *nouveaux philosophes* eran sólo los pregoneros anticipados de fuerzas mucho más fuertes y duraderas activadas en aquellos años. En 1977, Raymond Aron –que acababa de incorporarse a *L'Express* para poder intervenir más activamente en política– estaba preparando una nueva revista, *Commentaire*, para defender la Quinta República contra lo que parecía ser la fatal amenaza de un régimen socialista-comunista que llegaba al poder sobre un programa casi revolucionario. Al momento en que apareció el primer número de la revista, en vísperas de las elecciones de marzo de 1978, se había producido la "sorpresa divina" de la ruptura entre el PCF y el PS. No obstante, como lo explicó en un formidable ensayo inaugural, *Incertitudes françaises*, existían buenas razones para la sospecha y la vigilancia. Los factores que habían hecho a Francia tan inestable y propensa a violentos alzamientos en el siglo XIX –la ausencia de cualquier principio de legitimidad generalmente aceptado; la aceptación por parte del campesinado de todo régimen que dejara intactas las reformas agrarias de 1789; el rol de polvorín jugado por París– podrían de hecho haber perecido en la próspera e industrializada democracia de Pompidou y Giscard. Pero la profundidad y la predecible duración de la crisis económica que se inició en los primeros años de la década del

16 N. de la T.: Sigla con la que se suele designar a Bernard-Henri Lévy.

17 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "insignias".

setenta, cuando comenzó la recesión mundial, fue subestimada por los franceses, mientras –incluso con la afortunada división de la izquierda reciente– el socialismo francés no había abandonado aún toda tentación maximalista. Si el PS fuera todavía tras los votantes del PCF y a introducir a los comunistas en el gobierno, "Francia atravesará años de revuelta quizá revolucionaria, quizá despótica" (Aron, 1978: 15).

Commentaire pasó a convertirse en el ancla de los diarios de la derecha liberal, distinguida no sólo por su peso intelectual, sino también por sus horizontes internacionales –derivados de sus relaciones y conexiones cercanas, bajo la dirección del jefe de gabinete de Raymond Barre, con funcionarios, políticos y empresarios, así como con la academia. Dos años más tarde se le agregó un *partenaire* en el centro liberal, que pronto lo superó. *Le Débat*, lanzada en un elegante formato por Pierre Nora bajo los auspicios de Gallimard, tenía una agenda más ambiciosa. Nora abrió la revista con un programa de reforma intelectual. En el pasado, la cultura francesa, inmersa en tradiciones humanistas, había sido dominada por un ideal de retórica que ha dado lugar, a partir del rol de *instituteur*, al culto del gran escritor, y ha permitido todo tipo de extravagancias ideológicas. Ahora, sin embargo, la legitimidad de los intelectuales yace en el conocimiento positivo acreditado por las instituciones competentes –esencialmente, la universidad. Este cambio no podía eliminar las agonísticas relaciones inherentes a la vida intelectual, pero confrontó a los intelectuales con una nueva serie de tareas: no sólo promover la democracia en la sociedad en general, sino practicarla dentro de la esfera del pensamiento mismo, como una "república *en* las letras". El objetivo de la nueva publicación sería entonces el de organizar lo que aún era una rareza en Francia, el debate genuino. El terreno para ello había sido despejado por la desaparición de los tres principales esquemas para comprender la historia vigente desde el siglo XVIII. Las ideologías de la Restauración, del Progreso y de la Revolución estaban ahora igualmente muertas, dejando finalmente el camino libre para las ciencias sociales modernas. *Le Débat* simbolizaría "información, igualdad, pluralismo, apertura y verdad", contra todo tipo de irresponsabilidad y extremismo (Nora, 1980: 33-19).

Atendiendo a la incesante pregunta francesa *Que peuvent les intellectuels?*, el manifiesto no abordaba directamente la cuestión política, más allá de indicar que una "democracia íntegra" debía encontrarse en EE.UU., no en Francia. Cuando Mitterrand llegó a la presidencia un año después, Nora elaboró una nota cautelosa, acentuando el carácter personal de su victoria. Si bien no es sospechoso de sentir ningún afecto hacia el totalitarismo, ¿extraerá este antiguo aliado de los comunistas las necesarias consecuencias que se desprenden del

"gran cambio de mentalidad acontecido en los últimos cuatro años que ha transformado por completo la imagen del régimen soviético", y adoptará la política exterior requerida para enfrentar al principal enemigo? (Nora, 1982: 3-10). Estas eran preocupaciones compartidas por *Esprit*, un periódico que alguna vez había sido la voz de una izquierda católica anticolonial y neutral pero que, con la retirada en 1976 de su editor de la posguerra, Jean-Marie Domenach, se había reposicionado como un combatiente de primera línea en la lucha antitotalitaria. En estos años, como Nora lo advertiría más tarde, *Commentaire*, *Le Débat* y *Esprit* constituyeron un eje común de lo que en otros sitios se habría denominado liberalismo de Guerra Fría, cada uno con sus inclinaciones y circunscripción propias.

De los tres, *Le Débat* era la creación mayor. No simplemente por tratarse de la publicación de la empresa de Gallimard, con recursos que iban más allá de los que poseía cualquiera de sus rivales, sino porque representaba una verdadera modernización de estilos y temáticas en la vida intelectual francesa. Sumamente bien editado –con el tiempo Nora entregó el manejo cotidiano a Marcel Gauchet, un desertor proveniente del ala *Socialisme ou Barbarie* de la extrema izquierda–, dedicaba sus ediciones a una investigación generalmente conservadora en torno a tres áreas principales de interés –historia, política y sociedad–, con ejemplares o presentaciones especiales frecuentes sobre una amplia gama de tópicos contemporáneos: ciencias biológicas, artes visuales, seguridad social, instituciones de patrimonio, posmodernismo y más. Si era menos internacional de lo que originalmente se había propuesto ser, raramente era parroquial. No fue nunca un foro imparcial donde desarrollar debates objetivos, como su prospecto lo había sugerido; y de haberlo sido, se hubiera tratado de un asunto desabrido. Era, por el contrario, una *machine de guerre* de una gran urbanidad.

Detrás de su proyecto político se encontraba una figura dominante. El cuñado de Nora era el historiador François Furet, cuya obra *Penser la Révolution Française* –publicada en la encrucijada política de 1978– lo había convertido, en un abrir y cerrar de ojos, en el intérprete de la Revolución Francesa más influyente del país[18]. Proveniente, al igual que Nora, de una familia del sector bancario acomodada, Furet se había formado en el Partido Comunista de posguerra en el apogeo de la Guerra Fría, cuando este incluía entre sus filas a un grupo de futuros historiadores –entre ellos, Emmanuel Le Roy Ladurie, Maurice

18 N. del E.: Hay traducción castellana: *Pensar la Revolución Francesa* (Madrid: Petrel, 1980).

Agulhon, Jacques Ozouf– para competir con su homólogo británico. En Francia, asimismo, fueron el XX Congreso del Partido en Moscú y la rebelión húngara los que despedazaron este plantel de talentos. Furet abandonó el partido en 1956, y al tiempo que se dedicaba a la investigación histórica –inicialmente bastante convencional– se transformó en un colaborador frecuente del *France-Observateur*, el semanario independiente de izquierda que era el principal órgano de oposición a la Guerra de Argelia y al gobierno de De Gaulle en la Quinta República. En 1965 escribió, en coautoría con otro cuñado, una ilustrada crónica de la Revolución Francesa diseñada para un círculo de lectores generales, que argumentaba que había sido "desviada" (*dérapée*) en 1792 por una serie de accidentes trágicos, destruyendo el orden liberal al que originalmente apuntaba, e inaugurando en cambio la dictadura jacobina y el Terror (Furet y Richet, 1965-1966)[19].

Trece años más tarde, *Penser la Révolution Française* era una propuesta más potente: un ataque directo, invocando a Solzhenitsyn y la coyuntura política actual, al catecismo de las interpretaciones marxistas de la Revolución. Furet ofreció en cambio las ideas de dos pensadores liberales conservadores católicos, Tocqueville a mediados del siglo XIX y Augustin Cochin a principios del XX, como las claves para alcanzar una comprensión verdadera del "núcleo conceptual" de la Revolución: no la interacción de las clases sociales, sino la dinámica de un discurso político que esencialmente intercambiaba las abstracciones de la voluntad popular por aquellas de poder absolutista, y al hacerlo, generaba la fuerza aterradora de la nueva clase de sociabilidad en curso en los clubes revolucionarios de la época. Presentado con gran vigor polémico, este pronunciamiento condujo, lógicamente, a una manifiesta toma de distancia de la Escuela de los *Annales* –su superficial noción de *mentalités*, "a menudo un mero sustituto galo del marxismo y el psicoanálisis"– como incapaz ya de lidiar con la agitación de 1789 y lo que siguió. En lugar de ello, era necesaria "una historia intelectualista que construyera sus datos explícitamente a partir de preguntas conceptualmente elaboradas" (Furet, 1982: 24-25, 29).

La aplicación principal que Furet hizo de este credo, que apareció en 1988, fue una extensa historia política de Francia, de Turgot a Gambetta, concebida como la interpretación a lo largo de un siglo de la dialéctica explosiva de principios desatados por el ataque sobre el Antiguo Régimen (Furet, 1988a). Mientras que en sus anteriores escritos

19 N. del E.: Hay traducción castellana: *La Revolución Francesa* (Madrid: RIALP, 1988).

había sostenido que "la revolución estaba terminada" con el golpe de Estado de Napoleón en 1798, ahora extendía su duración al desvanecimiento final del monarquismo como una fuerza activa bajo la Tercera República, en 1879. Sólo entonces la República y la Nación estaban finalmente reconciliadas, y los objetivos originales de 1789 materializados en un orden parlamentario estable. El atormentado camino desde el punto de partida hasta el término final, hilando su recorrido a través de las conmociones de 1815, 1830, 1848, 1851 y 1871, representaría un indicio en torno a cómo trabajar las tensiones y contradicciones del primer experimento histórico en la creación de una democracia.

El motor de la historia de Furet es esencialmente una genealogía de ideas. Pero él no era un historiador intelectual en el sentido que Pocock o Skinner le han dado al término. Aunque capaz de comentarios perspicaces sobre los pensadores que le interesaban, casi no hay en su obra análisis detallados de corpus textuales ni la menor atención al lenguaje discursivo en la tradición de Cambridge. Las ideas son atendidas más bien como fuerzas estilizadas –cada una de ellas encarnada en sujetos particulares– alrededor de las cuales se teje una historia de grandes conflictos políticos. Furet estaba también fascinado por los actos ceremoniales, como la simbolización pública de las ideas, y *La France révolutionnaire 1770-1880* está adornada con un conjunto de piezas descriptivas de ellos, desde la coronación de Napoleón al funeral de Thiers. En el otro extremo de su imaginación se encontraban las personalidades, y en este punto poseía una destacada facultad para la realización de mordaces caracterizaciones. Fuera de este trío de elementos –ideas-rituales-personas– Furet produjo una historia indefectiblemente elegante y penetrante de la construcción de la Francia moderna, ampliamente depurada de sus dimensiones sociales y económicas, y casi completamente aislada de su registro imperial en el extranjero, que publicó con una conclusión completamente centrada en la política contemporánea. Si bien no fue un gran historiador del calibre de Bloch o Braudel, representó una fuerza excepcional en la vida pública francesa, alcanzando una intensidad que aquellos no habían logrado.

Su obra histórica fue parte de una iniciativa más amplia. Ningún historiador moderno ha sido tan intensamente político. Existía una unidad prácticamente uniforme entre su trabajo en el pasado y sus intervenciones en el presente, y era un organizador institucional e ideológico sin igual. Debía aquel rol a su persona, una combinación entre lo gallardo y lo reservado. Tal como lo expresara un colega extranjero alguna vez, había una huella de Jean Gabin en su taciturno encanto. Ya en 1964, estaba orquestando la unión de un declinante *France-Observateur* con un staff estable de periodistas provenientes de

L'Express, más orientado a la derecha, escogiendo al editor necesario de modo de asegurar que el periódico a fundarse a partir de la fusión tendría la política correcta. Jean Daniel, quien aún preside *Le Nouvel Observateur* (durante cuatro décadas la voz incondicional de las conveniencias de la centroizquierda) recordaría 25 años más tarde:

> No voy a olvidar el pacto que hicimos; la elección a favor de su controversial tesis sobre la Revolución y el marxismo que me propuso; y la sorpresa en su rostro al encontrarme un cómplice tan animado y decidido a estar de su lado. Quiero registrar la deuda que le debo, y a su familia de pensamiento, por la verdadera seguridad intelectual que me han prodigado (Daniel, 1999: 917-921).

Esta conciliadora confesión, de parte de uno de los periodistas más poderosos del país –Daniel incluso añade, con total inocencia: "un día nos encontramos, sin saberlo, corriendo detrás de Augustin Cochin porque Furet estaba empujándonos por la espalda"– podría haber sido repetida por muchos otros líderes del *establishment* parisino en los años venideros. El circuito de colocaciones de Furet con el tiempo fue mencionado en la prensa simplemente como "la galaxia".

Si *Le Nouvel Observateur* brindó a Furet un lugar central en los medios, su control de la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales –que ayudó a crear fuera de la vieja Sixième Section de Braudel, y de la cual se convirtió en director en 1977– lo colocó al mando de la institución más estratégica de la academia, reuniendo a una elite investigadora en variadas disciplinas en el Boulevard Raspail, la construcción subvencionada por Rockefeller, libre de las pesadas enseñanzas y las taras administrativas de la universidad francesa –"como ir al cine sin pagar la entrada", como él mismo lo expresó alegremente. El lanzamiento de *Commentaire* y *Le Débat*, en las que ejerció un activo rol desde un primer momento, lo dotó de actitudes defensivas en el mundo de las publicaciones. Luego, en 1982, con posterioridad al acceso de Mitterrand al poder, ayudó a crear la Fundación Saint-Simon, una alianza de intelectuales y empresarios industriales de confianza, formada para resistir cualquier tentación socialista en el nuevo régimen y dirigirla hacia un entendimiento más actualizado del mercado y el Estado. Financiada por las grandes empresas –el jefe del conglomerado Saint-Gobain fue un espíritu activo junto con Furet, quien adquirió una butaca en el consejo de una de sus compañías–, la fundación operaba como un *think tank* político, tejiendo lazos entre académicos, funcionarios, políticos; organizando seminarios; publicando ensayos de política; y, por último pero no menos importante, organizando cenas cada mes para Schmidt, Barre, Giscard, Chirac, Rocard, Fabius y otros estadistas afines.

Dos años más tarde, Furet instaló –o le fue concedido– el Institut Raymond Aron, un puesto comprometido de avanzada de reflexión antitotalitaria del cual se convirtió en presidente y que, a su debido momento, sería incorporado en las filas de la EHESS[20] misma. Luego, en 1985, amplió su campo de acción a través de una conexión transatlántica, asumiendo una posición temporal con el Comité de Pensamiento Social en la Universidad de Chicago, donde obtuvo respaldo financiero por parte de la Olin Foundation para dedicarse a la investigación sobre las revoluciones americana y francesa. El Bicentenario de 1789 se asomaba, y Furet expresaba su temor a que ello podría representar una ocasión para el régimen de Mitterrand –en el cual aún había ministros comunistas– de organizar una consagración oficial de las mitologías del jacobinismo y del Año II de la República. Con su colega Mona Ozouf, se puso a trabajar para asegurarse de que aquello no sucediera.

En vísperas del año potencialmente peligroso, apareció *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, una obra inmensa de 1.200 páginas que cubría "acontecimientos", "actores", "instituciones" e "ideas"[21]. Sus cien entradas, escritas por una veintena de colaboradores cuidadosamente seleccionados, ofrecían una amplia refutación de leyendas de la izquierda y de conceptos tradicionales equivocados del episodio fundador de la democracia moderna[22]. El inmenso impacto de este compendio –maravillosamente diseñado y realizado– eliminó cualquier riesgo de que se produjeran festividades neojacobinas en 1989. La caída del comunismo en el Este ofreció una adicional y contundente reivindicación del impulso original de la Revolución, contra sus consiguientes perversiones. Cuando el Bicentenario llegó, Furet era el indiscutido maestro de ceremonias intelectual, y Francia rindió homenaje a los principios inspiradores –apropiadamente clarificados– de 1789, dando la espalda finalmente a las atrocidades de 1793-1794[23].

Despachar el erróneo pasado, y recuperar el correcto, era parte de la tardía llegada del país al puerto seguro de una democracia moderna. A la par del *Dictionnaire critique* y en el mismo año, Furet escribió en coautoría *La République du centre* para la Fundación Saint-

20 N. de la T.: École des Hautes Études en Sciences Sociales (Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales).

21 N. del E.: Hay traducción castellana: *Diccionario crítico de la Revolución Francesa* (Madrid: Alianza, 1989).

22 El mejor análisis crítico de este *Diccionario* se encuentra en Woloch (1990: 1.452).

23 Para una evocación plena de vida del rol jugado por Furet en 1989, ver Englund (1993).

Simon, obra cuyo subtítulo fue *La fin de l'exception française*[24*]. Después de las absurdas nacionalizaciones de su primera fase, el régimen de Mitterrand había terminado con el socialismo, al abrazar en 1983 al mercado y su disciplina financiera, y luego sepultó al anticlericalismo, al saludar las demostraciones a favor de las escuelas católicas en 1984. Al hacerlo, finalmente transformó al país en una sociedad democrática normal, purgada de doctrinas radicales y conflictos teatrales. Francia había encontrado ahora su equilibrio en un centro moderado (Furet et al., 1988: 13-16). Tan completo parecía el triunfo liberal que en el décimo aniversario de su publicación, en 1990, Nora –regocijándose porque

Ningún historiador moderno ha sido tan intensamente político [como Furet]. Existía una unidad prácticamente uniforme entre su trabajo en el pasado y sus intervenciones en el presente.

"la nación estaba ahora liberada de la pesada capa del gaullo-comunismo"– pudo anunciar con satisfacción hegeliana: "el espíritu de *Le Débat* se ha convertido en el espíritu de la época" (Nora, 1990: 3-11).

II. *Union Sucrée*[25]

En Gran Bretaña, los albores de la década del noventa presenciaron la caída del régimen Thatcher y el pasaje a una agenda neoliberal menos estridente de la mano de la atónica administración del primer ministro John Major. En Francia, la tendencia se orientó en la dirección opuesta. Allí, el predominio de un consenso de pensamiento de mercado alcanzó su máxima expresión en los primeros años de la segunda presidencia de Mitterrand. La victoria del arco de opinión representado por François Furet y sus allegados era notoria. Francia era finalmente liberada de las tentaciones totalitarias. Las sombras de la Revolución por fin se disipaban. La República había encontrado su sustento firme en la seguridad del centro. Solamente el legado del pasado requería aún una profunda purga de sus ambigüedades: la nación. Esta tarea fue

24 N. de la T.: En castellano, "El fin de la excepción francesa".

25 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "Unión Azucarada".

asumida por Pierre Nora. En su editorial sobre el décimo aniversario de *Le Débat* en 1990, Nora había aclamado el "nuevo paisaje cultural" del país y, un par de años después, concluyó su monumental contribución. Originado en el seno de un seminario dictado en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales entre 1978 y 1980 (dentro de la misma coyuntura que la propia *Le Débat*), el primer volumen de *Les lieux de mémoire* salió a la luz bajo su dirección en 1984. Para el momento de la última publicación, en 1992, la empresa había crecido a siete volúmenes, contenía alrededor de 5.600 páginas y sextuplicaba el número de colaboradores del *Dictionnaire critique de la Révolution Française*, entre una variedad de académicos más ecuménicos. Según las declaraciones de Nora en la presentación del proyecto, su objetivo era la realización de un inventario de todos los dominios de remembranza en los que podía decirse que la identidad francesa había experimentado una cristalización simbólica.

Bajo este amplio programa, 127 ensayos (la mayoría de ellos de gran calidad) exploraban un desconcertante popurrí, desde temas tan obvios como la Tricolor, la *Marsellesa* y el Panteón, pasando por el bosque, la generación y la empresa, hasta la conversación, la era industrial y los linajes medievales, por no nombrar, obviamente, la gastronomía, la vid y Descartes. Como explicaba Nora, el nexo común entre todos ellos era que "a diferencia de los objetos de la historia, los dominios de la memoria carecen de referentes en la realidad"; ellos son "signos en estado puro" (Nora, 1984: 41). El advenimiento del posmodernismo no debe ser tomado con tanta seriedad, dado que lo que estos signos realmente representaban era, de distintos modos, la República, la Nación o el francesismo en general. Pero como estos eran demasiado simbólicos, la exploración ofrecida por *Les lieux de mémoire* sería la historia de Francia "en segundo grado", es decir, una historia centrada no en las causas, los actos o los acontecimientos, sino en los efectos y las huellas.

Ello no significaba que fuera menos ambigua que sus antecesores. Los *Annales* apuntaban a una historia total en reacción a la estrechez de las narrativas políticas tradicionales. Sin embargo, dado que los símbolos unían los hechos materiales y culturales y la verdad última de la política bien podía encontrarse en su dimensión simbólica, el estudio de los dominios de la memoria convirtió a la política en el registro de una historia paradójicamente más totalizadora que el *Analismo* que venía a reemplazar (Nora, 1986: 19-21). Ello fue posible gracias al abandono de la visión del futuro como un horizonte de control para la interpretación del pasado, a favor de un apoyo consensual a las instituciones del presente. En un momento en que los franceses

habían perdido ya el estoicismo de morir por la patria, "el descubrimiento de su interés y afecto por ella fue unánime", en todo el espectro de sus múltiples expresiones. Fue como si "Francia dejara de ser una historia que nos divide para convertirse en una cultura que nos une, un patrimonio cuya propiedad compartida es tratada como un legado familiar" (Nora, 1992. 28-29). Apartados de las formas tradicionales de nacionalismo, como la lamentable dupla del gaullismo y el jacobinismo, lejos de debilitar los sentimientos de pertenencia nacional, estos se vieron fortalecidos a medida que los franceses ingresaban a los dominios curativos de la memoria común[26].

Les lieux de mémoire fue un rotundo éxito de crítica y de público y, en su momento, pasó a ser modelo de numerosas imitaciones en el extranjero. Pero siempre ha quedado claro que constituye uno de los programas más radicalmente ideológicos de la historiografía de la posguerra, en cualquier lugar del mundo. Fue Renan, después de todo, quien señaló que una nación se define tanto por lo que hay por olvidar –y nombra como ejemplos la matanza de protestantes en el siglo XVI y de cátaros en el XIII– como lo que hay por recordar: una advertencia que podría considerarse difícil de ignorar un siglo después. Aun así, Nora introdujo su proyecto con júbilo en los siguientes términos.

> Aun dentro de un margen de análisis aceptable, de acuerdo con la tipología exigida, el estado del conocimiento científico de los hechos y de las competencias disponibles, la elección de los temas contiene un elemento de arbitrariedad. Aceptémoslo. Esta condescendencia en nuestros imaginarios favoritos conlleva, indiscutiblemente, un riesgo de regresión intelectual y el regreso al galocentrismo que, afortunadamente, la historiografía contemporánea se empeña en trascender. Debemos ser conscientes de esto y mantenernos en guardia. Pero por el momento, permitámonos olvidarlo [sic] y añorar, para este puñado de ensayos frescos y joviales, a los que pronto se sumarán muchos otros, una primera lectura inocente (Nora, 1986: 13).

La consecuencia de estos protocolos *ad hoc*, como señaló un grupo de historiadores anglófonos[27], fue la represión de los recuerdos, no sólo

26 Las reservas de Nora hacia el gaullismo eran consistentes: en la última oración de la primera parte de este ensayo, un error tipográfico dio lugar a su frase característica "gaullo-comunismo" como "galo-comunismo". Uno de sus aportes más interesantes a *Les lieux de mémoire* combina gaullismo y comunismo como vehículos, cada uno a su manera, de una poderosa ilusión.

27 Ver, entre otros, Englund (1993) y Beld (1997).

de las clases sociales, sino también, en gran medida, de los inevitables símbolos del pasado político (cuyos monumentos literalmente invaden la capital de la nación), tales como Napoleón y su sobrino, figuras presumiblemente irrelevantes en la Francia "moderna y descentralizada", serenamente asentada dentro de una Europa "pacífica y plural" celebrada por Nora. Con mayor amplitud, toda la historia imperial del país, desde las conquistas napoleónicas, pasando por el saqueo de Argelia durante el dominio de la Monarquía de Julio, hasta el ataque a Indochina durante el Segundo Imperio y el vasto pillaje africano de la Tercera República, se torna *non-lieu* en el seno de estas suaves reminiscencias. Tanto Nora como Furet habían sido en su juventud críticos empedernidos de la Guerra de Argelia[28]. Pero al momento de inmortalizar a la nación treinta años después, eliminaron virtualmente toda referencia del registro externo de sus retrospecciones. En la historia de Furet del siglo XIX, apenas podría saberse que Francia poseía un imperio colonial, muchos menos que su héroe, Jules Ferry, fue el Cecil Rodhes de la Tercera República. Los siete volúmenes de Nora redujeron todos estos fatídicos hechos a una exhibición de adornos tropicales en Vincennes. ¿Cuáles fueron los *lieux de mémoire* que excluyeron a la ciudad de Dien Bien Phu[29]?

Ocho años más tarde, al concluir los detalles finales del proyecto, Nora advirtió estas críticas e intentó desvirtuarlas alegando que, si bien concebidos como una "contraconmemoración", sus siete volúmenes integraban una cultura de legado autocomplaciente, cuyos vicios conocía, pero que perdurarían hasta tanto Francia lograse un nuevo paso firme en el mundo (Nora, 1992: 997-1.012). Este ingenioso sofismo no podía ocultar que la empresa de *Les lieux de mémoire* constituía una elegía: la antítesis de todo lo que Roland Barthes, no menos fascinado por los íconos pero más abocado a su teoría crítica, había ofrecido en su *Mythologies* (1957)[30], en una reconstrucción de los emblemas del francesismo (una acuñación que Nora en un punto incluso toma, aunque despojada de su espíritu), con una mordaz ironía ajena a la erudición de la pacificación patriótica, publicada con expresiones de gratitud al ministro de Cultura y Comunicaciones (ver Barthes, 1957:

28 Ver Nora (1961) y, para un breve resumen de la obra de Furet, ver una selección de textos realizada por Mona Ozouf que no se extiende a sus primeros años (Furet, 1999).

29 N. de la T.: Ciudad del noroeste de Vietnam, escenario de la batalla entre el Vietminh y las fuerzas francesas. Significó el fin de la guerra de Indochina, que desembocaría en la formación de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur.

30 N. del E.: Hay traducción castellana: *Mitologías* (México DF: Siglo XXI, 1980).

322 y ss.)[31]. Claramente, el objetivo subyacente del cometido, del que nunca se apartó, era la creación de una *union sucrée*, en la que las disidencias y las discordias de la sociedad francesa desaparecieran en los tiernos rituales de la remembranza posmoderna.

Las limitaciones intelectuales de un proyecto son una cosa; su eficacia política, otra. El programa orquestado por Nora y Furet en estos años puede describirse sencillamente como la coronación del liberalismo en tanto paradigma totalizante de la vida pública francesa. Dentro de este diseño contemporáneo, ellos podían bosquejar el legado de los grandes pensadores liberales franceses de principios del siglo XIX: principalmente, Constant, Guizot y Tocqueville, cuyos trabajos aguardaban ser redescubiertos y dispuestos para su uso moderno[32]. No fue esta una tarea menor del frente antitotalitario, y dio lugar a un buen trabajo académico en pos de la construcción de una estirpe perfectamente legítima. A pesar de eso, existía un irónico contraste entre ancestros y descendientes. Durante la Restauración y la Monarquía de Julio, Francia produjo un cuerpo de pensamiento político liberal sustancialmente más rico que el de Inglaterra y, de más está decir, que el de EE.UU. en el mismo período. Sin embargo, como fuerza política, el liberalismo era incomparablemente más débil. Las desavenencias de sus líderes, el reiterado contraste entre ideas nobles y acciones ruinosas, eran claros síntomas de discrepancia: Constant, disidente de los Cien Días, y Tocqueville, verdugo de la República Romana, dos paladines de la libertad que confabularon en las sucesivas tiranías napoleónicas; Guizot, el frío mecánico de la exclusión y la represión, perseguido desde el país, en medio de la reprobación universal. El descrédito de dichas profesiones constituyó un motivo para el abandono de sus escritos tras su muerte. Pero aun en su propio tiempo, nunca cautivaron la imaginación de sus contemporáneos. El liberalismo clásico francés era un retoño frágil en un suelo ingrato. Ciento cincuenta años después, la situación sería completamente diferente. La rehabilitación global de los temas y actitudes liberales iniciada a mediados de la década del setenta produjo una camada de pensadores liberales no comparables, incluso, a Aron. Pero lo que estos carecían en originalidad de pensamientos lo contrastaban con su gran alcance organizativo. La frase *la*

31 Es significativo que el ejemplo utilizado por Barthes para analizar la naturaleza del mito sea un ícono de francesidad imperial tomado de *Paris Match*, exactamente lo que *Les lieux de mémoire* busca olvidar.

32 Un ejemplo elocuente es la obra de Pierre Manent, *Histoire intellectuelle du libéralisme*, que concluye con este trío. Es característico de buena parte de esta discusión francesa que no se haga mención a John Stuart Mill.

pensée unique, acuñada veinte años después –aunque, como todos estos términos, un tanto exagerada–, no resultaba inapropiada como indicador de su amplio dominio.

La coyuntura internacional brindaba un entorno altamente favorable para este cambio: el predominio global del neoliberalismo angloamericano ofrecía un transfondo formidable para la escena francesa. Ningún país occidental presenció una victoria intelectual más decisiva. El logro era un éxito nacional, el fruto de una campaña coordinada iniciada con habilidad y determinación por Furet, Nora y sus aliados a lo largo de dos décadas. La penetración institucional y la construcción ideológica se combinaban en una sola empresa para definir los significados aceptables del pasado del país y las fronteras permisibles de su presente. Aquí, como en ningún otro lugar, la historia y la política se anclaron en una visión integrada de la nación, proyectada a través de los dominios del espacio público. En este contexto, aun cuando sus miembros no se hallaban menos activos políticamente y producían una historia mucho más innovadora, el Grupo de Historiadores del Partido Comunista de Inglaterra eran principiantes en comparación con sus contemporáneos franceses. Existen pocos ejemplos tan vívidos como este de lo que Gramsci entendía por hegemonía. Gramsci hubiese estado fascinado por cada recoveco de *Les lieux de mémoire*, y por el asiento de nombres de calles –uno de sus temas favoritos– en el registro notarial local; y también habría admirado la energía e imaginación con las que el legado de sus héroes jacobinos fue liquidado: proezas de una "revolución pasiva" más efectiva que las mismas Restauraciones originales del siglo XIX, en torno a las cuales construyó la mayoría de la teoría plasmada en sus *Cartas desde la cárcel*. Como una señal, realmente, Furet concluyó su carrera con un obituario del comunismo ante la restauración del capital en Rusia, cerrando el "paréntesis socialista" del siglo.

En comparación con el resto de la producción de Furet, *Le passé d'une illusion* –en un seductor flirteo con las ideas de Ernst Nolte en su asociación del bolchevismo al nazismo, temas con los que había tomado ínfimo contacto anterior– era una obra menor (Furet, 1995b)[33]. Aparecido en 1995, el libro repasaba tantos temas de la Guerra Fría mucho tiempo después de su acaecimiento, que mereció el ingenioso comentario de que la misma entrañaba el equivalente intelectual de una demanda por reembolso del empréstito ruso (Berger

33 N. del E.: Hay traducción castellana: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (México DF: FCE, 1995).

y Maler, 1996: 187). Sin embargo, esto no afectó de modo alguno su éxito en Francia. Aclamado por los medios como una obra maestra, pronto se convirtió en un *best seller*, trazando el alcance de la fama de Furet. Con esta piedra cimera en su lugar, el arco del triunfo antitotalitario parecía completo.

Nueve meses más tarde, Francia era convulsionada por la mayor ola de huelgas y manifestaciones desde 1968. En un intento por lograr la aprobación de una reestructuración neoliberal estándar de los compromisos de la seguridad social, el gobierno de Juppé había provocado un nivel de cólera tal que paralizó gran parte del país. La crisis política se prolongó durante seis semanas y dividió en dos a la clase intelectual. Con Furet a la vanguardia, casi toda la coalición antitotalitaria respaldó los planes de Juppé, como una iniciativa necesaria para modernizar lo que se había tornado en un sistema arcaico de privilegios de bienestar. Alineado en contra de tales sucesos, por primera vez se materializaba un espectro consistente de opinión alternativa. Dirigido por Bourdieu y otros, esta corriente defendía a los huelguistas en oposición al gobierno.

Desde la perspectiva política, la confrontación entre el palacio y la calle concluyó con la caída total del régimen. Juppé se vio obligado a retirar sus reformas. Chirac se deshizo de Juppé y los electores lo castigaron dándole la mayoría a Jospin. En el entorno intelectual, el clima nunca volvió a ser el mismo. Unas semanas más tarde, durante un partido de tenis con Luc Ferry en su casa de campo, Furet cayó muerto en la cancha. Apenas electo miembro de la Academia Francesa, nunca llegó a enarbolar su espada para ser recibido entre los Inmortales.

Sin embargo, mucho antes del final, Furet había comenzado a expresar sus recelos. Ciertamente, el gaullismo y el comunismo se hallaban extintos para todo fin práctico. El Partido Socialista había abandonado sus absurdas nacionalizaciones y la *intelligentsia* había renunciado a sus falsas ilusiones marxistas. La República del centro ansiada por Furet por fin veía la luz. Pero el arquitecto político de dicha transformación, cuyo régimen había coincidido con los triunfos políticos del liberalismo moderado y que, en parte, dependía de él, era François Mitterrand. La opinión de Furet sobre este último era severa. Como genio de métodos y yermo de logros, Mitterrand había destruido el PCF, forzando al PS a aceptar la lógica de la empresa y el mercado. Pero también había abusado del espíritu de la Constitución al instalar el simulacro de una corte real en el Elíseo; Mitterrand presidía un régimen cuyo "electroencefalograma intelectual era absolutamente plano" y que fracasó en su intento de ganar un lugar en la historia universal cuando colapsó el comunismo soviético (Furet, 1995a: 84-97). Era im-

posible sentir cualquier tipo de afecto por una presidencia tan cínica y escasa de ideas. Barre o Rocard, admirados por la Fundación Saint-Simon, hubiesen sido totalmente preferibles.

Sin embargo, detrás de esta desafección yacía una duda más profunda acerca del rumbo que estaba tomando la vida pública francesa. Ya para fines de los ochenta, Furet había comenzado a manifestar reservas sobre los discursos de derechos humanos que se tornaban cada vez más prominentes en Francia, al igual que en el resto del mundo. Por más impecablemente liberal que pudiese parecer –después de todo, había sido la pieza de resistencia en el banquete ideológico del Bicentenario–, la ideología de los derechos humanos no equivalía a una política. Un sustituto contemporáneo de los que alguna vez habían sido los ideales del socialismo, menoscababa la coherencia de la nación como una forma de ser colectivo, y dio lugar a exigencias inherentemente contradictorias: el derecho a la igualdad y a la diferencia, proclamados en el mismo hálito. Sus seguidores harían bien en releer las ideas de Marx sobre este tema (Furet et al., 1988: 58-62). El culto de los derechos humanos acortaba, cada vez más, la diferencia entre la vida política de Francia y EE.UU.

Un mejor conocimiento de la realidad de EE.UU. agudizó, más que atenuó, estas ansiedades. Furet continuó siendo un adalid acérrimo del gran poder que siempre había sido el bastión del Mundo Libre. Sin embargo, desde su puesto de observación en Chicago, gran parte de la administración Clinton resultaba chocante, si no perturbadora. Paradójicamente, la integración racial había desarticulado las comunidades de negros más antiguas, dejando a los ghettos en una miseria siniestra, pocas veces vista en Europa. La igualdad sexual avanzaba en EE.UU. (así como en Europa, si bien compasivamente, sin los mismos absurdos) y pronto habría de modificar las sociedades democráticas. Aun así, nunca transformaría su naturaleza ni produciría nuevos hombres o mujeres. La corrección política era una forma de parodia académica de la lucha de clases. Atravesado por los excesos de un feminismo ambicioso, había dejado muchos departamentos universitarios en condiciones ante las cuales sólo un Aristófanes o un Molière podrían hacer justicia. El multiculturalismo, en la mayoría de los casos combinado con lo que debería ser su opuesto, es decir, la juridificación estadounidense de todo asunto, desembocó en un inevitable relativismo blando. En el desierto de ideas políticas de otro astuto pero irreflexivo presidente, la peculiar variante liberal de utopía que representaba tendía a propagarse (*Le Débat*, 1992: 80-91; 1997: 3-10).

Las reflexiones finales de Furet eran todavía más oscuras. Su último texto, concluido justo antes de su muerte, examinaba la Francia

posterior a las elecciones convocadas por Chirac que, inesperadamente, dieron al PS una mayoría legislativa: en su opinión, un error garrafal de un político que alguna vez consideró un gobernante apto. Sin embargo, la alternativa ofrecida por Jospin no difería sustancialmente de la de Juppé. Derecha e izquierda se unían en la evasión de los desafíos reales que enfrentaba el país: la construcción de Europa; las tensiones en torno a la inmigración; la persistencia del desempleo, cuya reducción sólo era posible mediante el recorte del gasto social. Durante la presidencia de Mitterrand, la vida pública se había convertido en un "espectáculo deprimente", en medio de la degradación general de partidos e ideas. La mentira y la impostura constituían la norma política, a medida que los votantes exigían dosis de demagogia jamás vistas, sin creer en ellos, en un país que se empecinaba en "ignorar las leyes de fin de siglo" (Furet, 1997a: 43-49).

En la historia de Furet del siglo XIX, apenas podría saberse que Francia poseía un imperio colonial, muchos menos que su héroe, Jules Ferry, fue el Cecil Rodhes de la Tercera República.

¿Cuáles eran estas leyes? Históricamente, la izquierda había tratado de escindir capitalismo y democracia. Sin embargo, ambos eran parte de la misma historia. La democracia había triunfado desde 1989, y con ella el capital. Pero su victoria estaba ahora teñida de malestar, en tanto era acompañada por una desconexión aún mayor entre sus ciudadanos y la vida pública. Era imposible presenciar el repliegue sin un dejo de melancolía. Tras la caída del comunismo, la ausencia de un ideal alternativo de sociedad quitaba a la política su pasión, sin brindar en su reemplazo ninguna creencia superior en la justicia del *statu quo*. El capitalismo era, ahora, el único horizonte de la humanidad, pero, cuanto mayor era su predominio, mayor también su abominación. Furet concluyó que "esta condición es demasiado austera y contraria al espíritu de las sociedades modernas como para perdurar". Y así terminó con idéntico destino que Tocqueville, lúcidamente resignado a la posibilidad de aquello que había resistido. "Puede ser que un día sea necesario", admitió, "ir más allá del horizonte del capitalismo, más allá del universo de los ricos y los pobres". Por más difícil que fuera concebir una sociedad ajena a la nuestra, "en virtud de su propia

existencia, la democracia crea la necesidad de un mundo más allá de la burguesía y el capital" (Furet, 1995b: 572).

Inadvertidamente, entonces, la desaparición de una ilusión fue, en sí misma, la fuente de una decepción. Podía haber sido el vencedor de la Guerra Fría, pero el capitalismo existente era un asunto poco estimulante. Era comprensible que los sueños utópicos de una vida sin él no se hubieran desvanecido. En su último ensayo histórico, Furet se olvidó de sí mismo al extremo de escribir una vez más respecto de la "burguesía revolucionaria" que había llevado a Francia fuera del Antiguo Régimen, casi como si ahora viera méritos en la doctrina que tanto había defenestrado (Furet, 1997b: 28-29). Dos siglos después, el desenlace añorado finalmente llegaba, pero yacía entre sus manos como muchos otros fracasos. Un Midas liberal quedó con la vista clavada en lo que una vez había soñado.

De las dos fuentes de este desarreglo final –el capitalismo y el Estado de su propio país–, fue el segundo el que fomentó su prédica póstuma. Siempre había existido tensión, dentro del nuevo liberalismo francés, entre su lealtad política a EE.UU. y su apego emocional a Francia. Su proyecto concebía una unión ideal de los principios de las repúblicas hermanas de la Ilustración. Sin embargo, sus consignas de guerra eran *e pluribus unum* y "uno e indivisible". ¿Qué era más importante para los liberales? ¿Un individualismo atomístico e ilógico que escindía la nación en un sinnúmero de microculturas rivales cuya unificación debía tornarse aún más formal y frágil? ¿O una identidad colectiva anclada en obligaciones comunes e instituciones rigurosas que sostuviesen a la nación firmemente, aunque quizá también opresivamente unida?

Fue justamente este dilema el que causó la división del frente antitotalitario. El primer enfrentamiento tuvo lugar a comienzos de la década del ochenta, cuando Bernard-Henri Lévy anunció la existencia de una ideología francesa genérica, expandiéndose de izquierda a derecha a lo largo del siglo XX, que saturaba a la nación de antisemitismo y criptofascismo. Esto fue demasiado para *Le Débat*, que demolió los errores crasos y las atrocidades de Lévy en dos abrasadoras piezas, una liderada por Le Roy Ladurie y la otra, por Nora ("*un idéologue bien de chez nous*")[34], reprimiendo los intentos de desacreditar a la República en pos de la cuestión judía (Le Roy Ladurie, 1981; Nora, 1981: 97-103)[35]. La siguiente

34 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "un ideólogo bien de los nuestros".

35 Un año antes, Nora había escrito que BHL, "recusado por sus pares, pero a quien cien mil compradores proyectan un auténtico deseo de saber, dispone de una legitimidad surgida de un tipo de sufragios que se puede discutir, pero que no dan derecho a rechazar" (Nora, 1981: 9).

ocasión para la controversia fue, como era predecible, planteada por la cuestión musulmana, con el primer asunto de los *foulards*, a fines de los ochenta. ¿Podía utilizarse el *hiyab* en las escuelas sin socavar los principios de la educación secular fundada por la Tercera República? Esta vez la división revestía mayor gravedad, en tanto rivalizaba a los partidarios de un multiculturalismo tolerante, el estilo americano, con los defensores de las normas republicanas clásicas de una nación de ciudadanos.

Los rencores reprimidos en torno a estos asuntos estallaron finalmente. En 2002, Daniel Lindenberg, historiador allegado a *Esprit*, desató un violento ataque contra el integrismo autoritario, hostil a los derechos humanos y opuesto al multiculturalismo de tantos ex compañeros en la lucha por el liberalismo francés –entre ellos, los líderes intelectuales de *Le Débat* y *Commentaire*. Estas tendencias representaron un nuevo *rappel à l'ordre*[36], el eterno lema reaccionario. Si bien se trataba de una cruda e imprudente fusión de sus varios objetivos, el panfleto de Lindenberg no sólo recibió una cálida bienvenida en *Le Monde* y *Libération*, sino que también fue deliberadamente incluido en una serie editada por el colega de Furet, Pierre Rosanvallon, arquitecto asociado de la Fundación Saint-Simon, coautor de *La République du centre*, recientemente ascendido –no sin cierto recelo de algunos sectores– al Collège de France. Esta señal desató una virtual guerra civil en el campo liberal, con la clásica conmoción parisiense de cartas abiertas y manifiestos rivales, como Marcel Gauchet –colega de Nora en *Le Débat*– y sus allegados, que contraatacaron desde *L'Express* y las columnas de prensa más cercanas a ellos. La desintegración del frente de fines de los setenta era ya completa (Lindenberg, 2002)[37].

Para entonces, sin embargo, había ocurrido un cambio mucho más drástico en su posición. Los recelos de Furet sobre el final de la modernización fueron un murmullo contra el trasfondo de sonidos más intimidantes provenientes de las profundidades del país. El liberalismo *à la française* no había logrado extenderse entre estas masas. Desde 1983, cuando Mitterrand tomó el rumbo decisivo hacia la lógica de los mercados financieros, el electorado francés ha rechazado sistemáticamente todo gobierno que intentara administrar esta medicina. El patrón se mantuvo invariable. Durante una presidencia de izquierda, Laurent Fabius, el primer premier socialista en abrazar

36 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "llamamiento al orden".

37 Para conocer la postura contraria, ver: Alain Finkielkraut, Marcel Gauchet, Pierre Manent, Philippe Muray, Pierre-André Taguieff, Samuel Trigano, Paul Yonnet en *Manifeste pour une pensée libre* (Finkielkraut et al., 2002). Para un comentario irónico de esta disputa, ver Halimi (2003: 3).

la nueva "cultura de la empresa", fue destituido en 1986; Chirac, quien lanzó la primera ola de privatizaciones para la derecha, fue rechazado en 1988; Pierre Bérégovoy, pilar socialista del *franc fort*[38], fue expulsado en 1993; Édouard Balladur, representante de la moderación orleanista en la persecución de la libertad económica, cayó en las elecciones de 1995. Durante un gobierno de derecha, Juppé –el más osado de estos tecnócratas, que lanzó un ataque más directo a las prestaciones sociales– primero fue anquilosado por las huelgas, para ser finalmente expulsado del cargo en 1997; Jospin –quien realizó más privatizaciones que todos sus antecesores juntos– creyó haber roto la regla luego de cinco años de gobierno autosatisfecho, hasta la aplastante derrota en las elecciones de 2002. En el presente, tras dos años de tenaces intentos por retomar el lugar que abandonó Juppé, Jean-Pierre Raffarin ha perdido el control de toda la administración regional del país a excepción de Alsacia, para ser arrastrado por las encuestas de opinión pública al fondo más profundo que cualquier otro primer ministro haya visto en la historia de la Quinta República. En veinte años, siete gobiernos, un promedio menor a tres años cada uno. Todos ellos dedicados, con ligeras variaciones, a las mismas políticas. Ninguno reelecto.

Ningún otro país de Occidente ha presenciado tal nivel de desafecto con su gobierno político. En parte, esta ha sido una función de la estructura constitucional de la Quinta República, cuya presidencia cuasi real, con sus (hasta ayer) siete años de gobierno, ha alentado y neutralizado las continuas expresiones de descontento electoral dentro de una estructura de poder demasiado estable. La Cuarta República combinó la inestabilidad de sus gabinetes con la rigidez de los bloques electorales: la Quinta invirtió el patrón, uniendo políticas aparentemente inamovibles con un electorado congénitamente volátil[39]. Dicho desasosiego no ha sido un simple derivado de la excesiva protección institucional, sino que, cada vez con mayor claridad con el curso de los años, fue además el reflejo de un descrédito en las panaceas de la reforma neoliberal que cada gobierno, de derecha o izquierda, propuso invariablemente a sus ciudadanos.

Esto no quedó simplemente plasmado en los papeles. Por más de veinte años, la liberalización ha modificado la imagen de Francia. La liberación alcanzó, primero y principal, a los mercados financieros. El valor de capital de los mercados bursátiles se vio triplicado en proporción al Producto Bruto Nacional (PBN). El número de accio-

38 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "franco fuerte".

39 Es René Remond, de algún modo un crítico de las consecuencias del liberalismo, quien hizo esta constatación en un artículo titulado "Inestabilidad legislativa, continuidad política" (Remond, 2002: 198-201).

nistas entre la ciudadanía se cuadruplicó. Hoy en día, dos tercios de las compañías francesas de mayor envergadura están total o parcialmente privatizados. La propiedad extranjera de capital accionario francés se incrementó del 10% a mediados de los ochenta a casi el 44% en la actualidad –cifra que supera, incluso, a la del propio Reino Unido[40]. El arrollador impacto de estas transformaciones se hará sentir durante años. Si estos cambios no han sido aún acompañados de una desarticulación sustancial de los sistemas franceses de prestación social, ello se debe a la precaución más que a la convicción de un gobierno plenamente consciente de los peligros de despertar la ira del electorado y dispuesto a negociar concesiones como la semana laboral de 35 horas por prioridades tales como la privatización. A la luz de los parámetros angloamericanos, Francia continúa siendo un país sobre-regulado y excesivamente indulgente, como *The Economist* y el *Financial Times* nunca dejan de recordar a sus lectores. Sin embargo, para los patrones franceses, el país ha dado grandes zancadas hacia normas internacionales más aceptables.

No obstante, este progreso no logró apaciguar la suspicacia popular y el desagrado por las correlativas ideas anglosajonas. La década del noventa presenció el suceso arrasador de una literatura detractora del nuevo capitalismo desenfrenado, con una proliferación de éxitos editoriales: la acusación masiva de las consecuencias sociales plasmada en *La misère du monde* de Pierre Bourdieu (1993); el apasionado tratado de la novelista Viviane Forrester titulado *L'horreur économique* (1996); la giralda de Emmanuel Todd en *L'illusion économique* (1998), un violento embate contra el *laissez-faire* de quien fuera, alguna vez, ardiente guerrero a favor del Mundo Libre. Al promediar la década del noventa, la creciente ola de descontento con las doctrinas neoliberales era tan evidente entre el electorado que el mismo Chirac, abocado a las elecciones de 1995, hizo de la denuncia contra *la pensée unique* y la fractura social creada por este, el enfoque central de su campaña. Cuando, una vez en el gobierno, readoptó esta doctrina –al igual que sus antecesores– el resultado fueron, casi de la noche a la mañana, los temblores industriales que desequilibraron a Juppé. Al remover entre los escombros, un cronista de *Le Débat* expresó su lúgubre conclusión: "El injerto liberal no prendió" (Grémion, 1999).

Pero en el divorcio entre las políticas oficiales y los sentimientos populares existía aún otro elemento, de índole social más que política. Desde De Gaulle, los líderes de la Quinta República se habían

40 Nicolas Véron propone un balance complaciente y satisfactorio de estos cambios en "Les heureuses mutations de la France financère" (2004).

convertido en la casta gobernante más hermética de Occidente. El grado de poder social concentrado en una institución única y reducida, capaz de producir una elite política, administrativa y comercial unificada, probablemente no tenga parangón en ningún lugar del mundo. La École Nationale d'Administration aceptaba solamente entre 100 y 120 estudiantes al año –en total, 5 mil personas desde su fundación, en una población de más de 50 millones de habitantes. Pero estos no sólo dominaban los peldaños superiores de la burocracia y la administración de las empresas más grandes, sino que también integraban el corazón mismo de la clase política. Giscard, Fabius, Chirac, Rocard, Balladur, Juppé y Jospin son, todos ellos, "enarcas", al igual que 11 de los 17 ministros del último gobierno socialista; Strauss-Kahn y Hollande, principales rivales en la lucha por la sucesión de Jospin en la izquierda, sin mencionar al delfín de Chirac en el ala derecha, Dominique de Villepin, recientemente ministro de Relaciones Exteriores y actual ministro del Interior.

La endogamia de esta oligarquía llevó, inexorablemente, al nacimiento de una corrupción global. Por un lado, la práctica del *pantouflage* (altos funcionarios deslizándose silenciosamente de la administración a los negocios y la política, o viceversa) brindó a muchos una oportunidad para el desvío de fondos públicos o privados para propósitos partidistas. Por otro, dada la carencia de miembros masivos de los principales partidos políticos, estos dependieron del agotamiento de los presupuestos y el tráfico de favores para financiar sus operaciones. El resultado fue una maraña de corrupción que, sin duda únicamente a medias, surgió a la luz en los últimos años, de la que el gobierno de Chirac como alcalde de París fue el máximo exponente sometido a los *juges d'instruction*.

Independientemente del peso abrumador de las pruebas, el Poder Judicial ha sido hasta ahora incapaz de llevar a un político de peso tras las rejas. Chirac se aseguró la inmunidad de fueros con el respaldo de una Corte Constitucional domesticada, que actualmente protege a Juppé; el ministro de Asuntos Exteriores de Mitterrand, Roland Dumas (él mismo, antiguo miembro de la Corte), fue absuelto luego de un juicio; mientras que Strauss-Kahn eludió su responsabilidad, incluso sin un proceso judicial. Pocos ciudadanos franceses pueden dudar de que estas figuras, al igual que muchas otras, violaron la ley en pos de su propio beneficio político, o –como en el caso de los diamantes de Giscard– en su beneficio personal. Pero, dado que derecha e izquierda se hallan igualmente implicadas, e igualmente ajenas a cualquier castigo, la corrupción de la clase política es impermeable a la asignación de responsabilidad dentro del sistema. La cultura francesa posee una

endeble tendencia moralizadora y menor indignación vocal ante la corrupción que la italiana. Pero ello no indica mera indiferencia. Lo que ha nutrido es una profunda alienación de la elite que lidera el país y el desdén por su casta circular de funcionarios gubernamentales.

La abstención electoral, en un nivel muy superior al promedio estadounidense, ha sido un síntoma de este desencanto, aun cuando la Gran Bretaña gobernada por el Nuevo Laborismo haya derrotado hace poco a los recién llegados. Otra fue la tristemente célebre situación francesa. Desde mediados de los ochenta, el Frente Nacional (FN) atrajo al menos a un 10% del electorado, dando a Le Pen casi el

El programa orquestado por Nora y Furet en estos años puede describirse sencillamente como la coronación del liberalismo en tanto paradigma totalizante de la vida pública francesa.

15% en la contienda presidencial de fines de la década. Para entonces, la magnitud de la adhesión a un partido abiertamente xenófobo organizado por veteranos de la extrema derecha separó a Francia de cualquier otro país europeo. Ampliamente considerado fascista, el FN pareció una peculiar mancha nacional y una amenaza potencial a la democracia francesa. ¿Cómo podría explicarse esta extraordinaria reincidencia? En realidad, las condiciones iniciales para el éxito del FN eran perfectamente inteligibles y pertenecientes a la peculiaridad local. Ninguna otra sociedad europea había recibido una comunidad colona de tales dimensiones proveniente de su imperio colonial: un millón de *pied-noirs* ("pies negros") expulsados del Magreb con toda la acritud del exilio. Ninguna otra sociedad europea había recibido tal afluencia de inmigrantes de la misma región una vez colonizada: dos millones y medio de magrebíes. Esa combinación fue siempre propensa a liberar una toxina política.

El FN también pudo contar, además de su base original en las comunidades de pies negros, con focos de nostalgia por Vichy –el activo menguante de los votantes de Tixier Vignancour en la década del cincuenta– o la lealtad a la liturgia del cardenal Lefebvre. Sin embargo, las condiciones de su despegue real radicaban en algún otro lado. El despunte electoral de Le Pen tuvo lugar en 1984, un año después de

que Mitterrand eliminase abruptamente la visión social del Programa Común para abrazar el monetarismo ortodoxo. El giro neoliberal de 1983 no llevó al Partido Comunista, que ocupaba cuatro cargos secundarios en el gabinete, a romper con el gobierno. Por el contrario, como sucedería una vez más durante el mandato de Jospin, este se aferró a las migajas del gobierno, ignorando el costo político de esta actitud y, aún más, sus propios principios. La recompensa por aportar a los desatinos del Tercer Período los propios del Frente Popular –primero, el sectarismo ciego de los años 1977 y 1978, y luego su oportunismo endeble– fue la autodestrucción por el continuo alejamiento del electorado de la clase obrera del partido. Fue la brecha creada por la compresión resultante del espectro político lo que brindó una oportunidad al FN, al captar un número creciente de electores descontentos de los deteriorados suburbios proletarios y pequeños pueblos. Para muchos, el sistema de *la pensée unique* no había dejado más que una alternativa de sabor amargo.

La arrogancia y el ostracismo de la clase política hicieron el resto. Al excluir al FN de cualquier presencia en la Asamblea Nacional mediante la eliminación de la representación proporcional y al escudarse a sí mismo contra cualquier arreglo de cuentas con la corrupción, el *establishment* simplemente confirmó las denuncias de Le Pen que lo veían como una conspiración de privilegio, lanzada con un don de oratoria que ninguno de sus trajes pudo igualar. Cuanto más se unían derecha e izquierda para tratar al FN de paria, más crecía su atractivo como excluido del sistema. El racismo explícito contra los inmigrantes árabes y un antisemitismo de algún modo más amortiguado tomaron su lugar en el repertorio generalizado de un populismo estridente. Los dos hitos que finalmente quebraron la hegemonía liberal –el multiculturalismo y el republicanismo enfrentados en una relación de tensión y la resistencia de la opinión pública a las virtudes del mercado– fueron precisamente el terreno propicio para su florecimiento, en el punto de cruce más sensible entre ambos.

Los límites del FN como fenómeno político fueron, al mismo tiempo, siempre claros. Eludido por la derecha luego de furtivas propuestas de Chirac y dependiente en extremo de la personalidad de Le Pen, carecía de un cuadro de profesionales y nunca adquirió experiencia administrativa, vegetando entre elecciones en una subcultura resentida. Su estilo pendenciero en las campañas electorales resultaba, a la vez, alarmante y cautivador. Especialmente, su carta maestra (la cuestión de la inmigración) era inherentemente restrictiva. El atractivo del fascismo entre las guerras se había asentado sobre una desarticulación social masiva y el espectro de un movimiento obrero revolucio-

nario, una gran distancia con el pulcro paisaje de la Quinta República. Casi por definición, la inmigración es un fenómeno de minorías, mientras que la lucha de clases, ciertamente, no lo era. En consecuencia, las respuestas xenófobas a este fenómeno, por desagradable que ello sea, poseen un mínimo poder de multiplicación política. Aron, quien había presenciado el advenimiento del nazismo en Alemania y hablaba con fundamento, lo comprendió desde un principio, criticando la sobrestimación del pánico generado por el FN. En efecto, a partir de los ochenta, sus resultados electorales oscilaban dentro de un rango fijo, nunca muy por debajo del promedio nacional del 10%, ni por encima del 15.

En 2000, el sistema político atravesó su cambio más radical desde la época de De Gaulle. Chirac y Jospin, cada uno de ellos esforzándose por obtener ventaja en las elecciones presidenciales de 2002, confabularon para reducir la duración del mandato presidencial de siete años a cinco, con Girard como intermediario. Al parecer, el objetivo de esta modificación radicaba en reducir la posibilidad de "convivencia", la posesión del Elíseo y de Matignon por partidos rivales, bastante frecuente desde 1986, para otorgar así mayor unidad y eficacia al gobierno, muchas veces comprometido por las tensiones entre el presidente y el primer ministro. De hecho, el objetivo real era el incremento masivo del poder presidencial, con la promesa de una personalización extrema del sistema político en línea con el uso americano, dado que resultaba claro que, si las elecciones para los cargos de los poderes Ejecutivo y Legislativo tenían lugar el mismo año, en la sociedad altamente centralizada de Francia, el mandatario electo podría casi automáticamente crear una mayoría doblegada a su favor en la Asamblea Nacional, en el mismo momento de su propia elección, como ha sucedido siempre desde 1958. El resultado sólo podía ser el debilitamiento de una Legislatura ya suficientemente inerte y la acentuación del excesivo poder del Ejecutivo, que Furet había dado en llamar una patología nacional. El gobierno convocó un plebiscito para ratificar la pretendida reducción del sistema constitucional de pesos y contrapesos. Apenas se hizo presente el 25% del electorado, dos quintos del cual votaron a favor de un cambio pregonado por el poder institucional como un paso adelante en la democracia francesa, en sintonía con los países desarrollados del resto del mundo.

Sin embargo, quedaba aún un problema potencial. El calendario electoral existente requería que las elecciones de representantes de la Asamblea se celebraran a fines de marzo de 2002 y la elección presidencial entre los meses de abril y mayo, lo que alteraba el orden de las cosas, al permitir la posibilidad de que el voto de legisladores pudiese determinar el voto del Ejecutivo, al contrario de lo esperado. Convencido de la estima del electorado, Jospin propugnó una prórroga

de tres meses del mandato de la Asamblea actual, con el fin de remover los obstáculos en el camino por la conquista del Elíseo. Pocas manipulaciones constitucionales en rédito propio fueron tan calamitosas.

La campaña presidencial de la primavera de 2002 tenía como principales candidatos a Chirac y Jospin, cuyas plataformas presentaban una retórica casi indistinguible. Cuando se dieron a conocer los resultados de la primera vuelta, la dispersión de votos de la izquierda pluralista (integrada por socialistas, comunistas, verdes y radicales de izquierda) entre las candidaturas constituyentes –todas ellas simbólicas, salvo la del primer ministro– dejaron a Jospin fuera de carrera con un humillante 16,18% de los votos; ello permitió a Le Pen, con 195 mil votos más, pelear la segunda vuelta contra Chirac, quien había obtenido un miserable 19,88%, un nadir para cualquier presidente en ejercicio. Si las elecciones legislativas hubiesen precedido a las presidenciales, casi con certeza la coalición de Jospin hubiera resultado vencedora, en tanto que el voto combinado de la izquierda que podría haber recibido –si el resultado obtenido en abril fuera un indicio– superaba en más de un 10% el resultado de la derecha, lo que habría sido un pasaje directo al Elíseo.

No obstante, el rasgo más desconcertante de la elección presidencial no radicó en el grosero error de cálculo del PS, ni en la ventaja de Le Pen sobre Jospin. De hecho, no se registró un incremento neto del voto combinado de la ultraderecha, en comparación con las cifras de 1995[41]. La nota destacada fue la profundidad de la antipatía popular hacia las instituciones políticas en general. El voto de cualquiera de los candidatos fue superado ampliamente por el número de abstenciones y de votos en blanco o nulos, que alcanzó cerca del 31%. Otro 10,4% del electorado se inclinó por los candidatos rivales trotskistas de extrema izquierda; mientras que el 4,2% fue para la causa de la caza y la pesca. En total, casi dos de cada tres electores franceses rechazaron el añejo menú de consensos en oferta.

La reacción institucional fue unánime. Lo que importaba era únicamente un hecho apocalíptico. Según se afirmó en una declaración emblemática, "A las ocho en punto del 21 de abril, una mortificada Francia y un mundo estupefacto fueron testigos de un cataclismo: Jean-Marie Le Pen había derrotado a Lionel Jospin" (Chevallier et al.,

41 Le Pen obtuvo 230 mil votos más que en 1995 y el partido disidente de su viejo lugarteniente Bruno Mégret computó 670 mil, lo que implica un aumento total de 900 mil votos. Pero, en 1995, Philippe de Villiers, que apuntaba al mismo electorado, había obtenido 1.440.000 votos; en 2002, su Movimiento por Francia, no ingresó en la carrera a la presidencia.

2002: 448)[42]. Muchas eran las manos que se refregaban con nerviosismo. Los medios rebalsaban de editoriales, artículos, reportajes y solicitadas que vaticinaban a los franceses un futuro oscuro y que, ahora, debían unir sus fuerzas a Chirac para salvar a la República. La juventud se manifestaba en las calles, la izquierda oficial corrió al lado del presidente e, incluso, muchos representantes de la extrema izquierda decidieron que era el momento del "no pasarán" y que ellos también debían respaldar al candidato de la derecha. Temeroso de ser derrotado en un debate con Le Pen, Chirac –quien se aseguraría de avergonzar a su rival mediante la revelación de negociaciones secretas del pasado entre ambos– rechazó toda propuesta de debate televisivo y, sabiendo el resultado de antemano, apenas se dedicó a su campaña electoral.

Como es debido, en segunda vuelta obtuvo una mayoría del 82%, digna de un presidente mexicano en el apogeo del PRI. En su margen izquierdo, sus votos casi alcanzaron la talla de Albania. En el término de quince días, los medios pasaron de la histeria al éxtasis. El honor de Francia había sido magistralmente restaurado. Tras una incomparable demostración de responsabilidad civil, el presidente podía ahora ponerse a trabajar con un nuevo sentido de propósito moral y el país otra vez mostraba su frente en alto al mundo. Los comentaristas versados observaron que esta era la mejor hora de Francia desde 1914, cuando la nación se reunió en una sagrada unión contra otro enemigo mortal.

En realidad, si se permite la analogía, la unanimidad de 2002 guardaba más estrecha relación con la de Bordeaux en 1940, cuando la Asamblea Nacional de la Tercera República votó abrumadoramente para otorgar el poder a Pétain, convencida de que era una necesidad patriótica para evitar una catástrofe. En esta oportunidad, la tragedia se repitió a sí misma como una farsa, ya que no existía siquiera señal de una emergencia para garantizar la consagración de Chirac. En la primera vuelta electoral, el voto combinado de la derecha era ya 75% más alto que el del FN y su escisión, lo que representaba más de cuatro millones de votos. Al mismo tiempo, la ausencia de un contraste mayor en las ideas y políticas de Chirac y Jospin dejó en claro que muchos de los votos a favor del último, de todos modos, migrarían al primero en la segunda vuelta. Nunca existió ni la menor oportunidad de que Le Pen ganara la presidencia. Los frenéticos llamados de la izquierda para alinearse detrás de Chirac fueron perfectamente inútiles y sólo sirvieron para asegurarse un triunfo arrasador en las elecciones legis-

42 *La V République. 1958-2002. Histoire des institutions et des régimes politiques en France*, es una "obra de referencia" según sus propios editores.

lativas de junio, cuando, como recompensa por su propia degradación, la derecha asumiría el control de la Asamblea Nacional con la mayoría más amplia en la historia de la Quinta República y Chirac adquiriría una plenitud de poder del que nunca antes había gozado. Fue esta una *journée des dupes*[43] para guardar en la memoria.

Las salvajes oscilaciones del voto en este carrusel ideológico –con Chirac transformado de un símbolo de inutilidad y corrupción, con el crédito de menos de un séptimo del electorado, en un ícono de autoridad y responsabilidad nacional en un abrir y cerrar de ojos– pueden ser tomadas, sin embargo, como síntoma de un patrón subyacente de la cultura política del país. Durante la Quinta República, los franceses resistieron crecientemente su organización colectiva. Actualmente, menos de un 2% del electorado integra algún partido político, por mucho, la cifra más baja en la Unión Europea. Aún más impactante es el extraordinariamente bajo nivel de sindicalización. Tan sólo un 7% de la fuerza de trabajo forma parte de una asociación sindical, cifra muy por debajo incluso de EE.UU., donde (todavía en caída) es del 11%; muy por debajo de Austria o Suecia, donde los sindicatos aún representan entre dos tercios y cuatro quintos de la población activa. El reducido tamaño de las organizaciones industriales y políticas habla, sin lugar a dudas, de rasgos individualistas fuertemente arraigados en la cultura y la sociedad francesas, ampliamente remarcados por nativos y extranjeros por igual: en muchos aspectos más sólidos que sus más celebrados pares estadounidenses, debido a la menor presión de la conformidad moral.

No obstante, la aversión francesa a las formas convencionales de asociación civil no significa, necesariamente, privatización. Por el contrario, la paradoja de esta cultura política es que los bajísimos índices de organización permanente coexisten con una propensión excepcional a la combustión espontánea. Una y otra vez, formidables movilizaciones populares pueden fácilmente materializarse de la nada. La gran revuelta de mayo y junio de 1968 –aún la más grande e impresionante manifestación de entidad colectiva de la historia europea de posguerra– es el ejemplo moderno emblemático, que ningún gobernante posterior de Francia ha olvidado.

Las calles han desafiado y confrontado a sucesivos gobiernos desde entonces. En 1984, Mauroy perdió el poder luego de que un intento por reprimir la educación privada desatara una movilización confesional masiva en defensa de las escuelas religiosas, que reunió a

43 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "día de los engañados".

medio millón de manifestantes en Versalles y un millón en los bulevares de París. En 1986, las protestas encabezadas por cientos de miles de estudiantes, de universidades o liceos indistintamente, que se batían contra la policía antidisturbios y que tuvieron como saldo la muerte de un joven manifestante, obligaron a Chirac a abandonar sus planes de "modernización" de la educación superior. Su gobierno nunca se recuperó. En 1995, los proyectos de Juppé tendientes al recorte y la reorganización de la seguridad social chocaron con seis semanas de huelgas que paralizaron todo tipo de servicio público y desataron un clima de turbulencia nacional que concluyó en una rotunda victoria para el movimiento. En poco más de un año, también Juppé estaba fuera del poder. En 1998 fue el turno de los camioneros, los jubilados y los desempleados de amenazar el régimen de Jospin. Conscientes de que esta clase de tornados sociales podían surgir de repente en su contra, en medio de un cielo claro, los gobiernos aprendieron a ser cautos.

Las señales de esta dualidad característica –la coexistencia de atomización civil y la inflamabilidad popular– pueden encontrarse en las estructuras profundas de gran parte del pensamiento francés. Ellas constituyen uno de los antecedentes de la teoría de Jean-Paul Sartre sobre el contraste entre la dispersión de las "series" y la soldadura del "grupo juramentado" –y los intercambios entre ambos– incluida en su *Critique de la raison dialectique*[44]. Sin embargo, el efecto más distintivo del problema ha sido producir una línea de pensadores para los que, básicamente, los lazos sociales nacen siempre de la fe más que de la razón o la voluntad. Los orígenes de esta concepción se retrotraen a la insistencia de Rousseau –en reveladora oposición a su propia interpretación voluntarista de la voluntad general– en que una sola religión civil podría fundar la estabilidad de una república. El sarcasmo en que cayó el Culto del Ser Supremo con posterioridad a la derrota de los jacobinos no desprestigió el tema, que atravesó una serie de metamorfosis conservadoras a lo largo del siglo XIX. Alexis de Tocqueville asumió la convicción de que las creencias dogmáticas eran la fundación indispensable de todo orden social, pero especialmente de las democracias como la de EE.UU., donde la religión era omnipresente de un modo en que nunca lo fue en Europa. Auguste Comte concibió la misión del positivismo como el establecimiento de una Religión de la Humanidad que podría atemperar la división de clases desbaratando el mundo de la Revolución Industrial. Antoine Cournot sostenía la imposibilidad

44 N. del E.: Hay traducción castellana: *Crítica de la razón dialéctica* (Buenos Aires: Losada, 1963).

presente y futura de una construcción racional de la soberanía, dado que los sistemas políticos siempre se asentaban, en última instancia, en la fe o la fuerza. En algunos aspectos, desde la postura más radical, Durkheim invirtió los términos de la ecuación con su famosa idea de que la religión es la sociedad proyectada al infinito.

Lo que todos estos pensadores rechazaban era la idea de que la sociedad pudiese ser el resultado de la acumulación racional de intereses de actores individuales. La rama de la Ilustración que produjo la tradición utilitaria en Inglaterra se tornó en una rama mustia en la Francia posrevolucionaria. No ha surgido desde entonces una concepción similar de la vida política. Benjamin Constant, quien sostuvo las ideas más próximas a esta hipótesis, apenas trascendió como un semiextranjero perdido en la memoria. En el siglo XX, la misma visión subyacente de lo social resurgió entre las guerras, con un tinte semisurrealista, en las teorías de lo sagrado propuestas por Roger Caillois y Georges Bataille en el Collège de Sociologie. A fines de siglo, esta línea intelectual ha enfrentado aún más avatares en la obra de dos de los pensadores más originales del ala izquierda, en conflicto con toda la ortodoxia circundante. A comienzos de los ochenta, Régis Debray anticipaba una teoría de la política fundada en la necesidad constitutiva y la incapacidad de toda agrupación humana de autoproveerse una identidad y continuidad internas, con la consecuente dependencia de una autoridad superior –por definición, religiosa, en su sentido más amplio– como condición esencial de su integración.

En esta versión, expuesta en su *Critique de la raison politique* (1981), la teoría buscaba explicar el motivo por el cual el nacionalismo, con sus cultos característicos de la eternidad de la Nación y la inmortalidad de sus mártires, constituía una fuerza histórica más poderosa que el socialismo por el que Debray había luchado alguna vez en Latinoamérica. Para el momento de la publicación de *Dieu, un itinéraire* (2001), se había tornado en una relación comparativa de cambios en las ecologías, las infraestructuras y las ortodoxias del monoteísmo occidental, desde el 4000 AC hasta el presente, que considera a la religión como una constante antropológica de todos los tiempos, no obstante la variabilidad de sus formas históricas, el horizonte permanente de cualquier cohesión social duradera. Continuó acompañando estas especulaciones tendientes a una reconciliación con el *statu quo* con intervenciones políticas consideradas escandalosas por el consenso parisino –comentario mordaz sobre la guerra de la OTAN en Yugoslavia, aún una referencia de la sensibilidad *bien-pensant*, tanto en París como en Londres. Quizá en un acto de redención personal, Debray se ha comprometido, desde entonces,

a preparar el terreno para el golpe franco-americano en Haití, aunque el *establishment* apenas puede contar con él.

Un caso similar es el jurista más incisivo de Francia, Alain Supiot. Fundándose en el trabajo del filósofo legal independiente Pierre Legendre, Supiot ha renovado la idea de que todos los sistemas de creencias significativos requieren una fundación dogmática fuertemente sustentada en sus cimientos, para malestar de sus devotos, en dos de los credos más apreciados de nuestros tiempos: el culto del libre mercado y el culto de los derechos del hombre[45]. Aquí también la lógica del argumento –brillantemente expuesto en cada caso– es ambigua:

Un país que apenas ha traducido a Fredric Jameson o a Peter Wollen […] puede bien denominarse una retaguardia en el intercambio internacional de ideas.

al mismo tiempo que desmitifica los dos credos, considera también a cada uno de ellos como un último ejemplo de una norma universal, una necesidad más allá de la razón, de la misma coexistencia humana. Interviene aquí un pensamiento francés habitual. El hecho de que la genealogía de dichos reclamos sea tan distintivamente nacional no los descalifica en sí mismos: toda verdad general tiene un origen local. Pero la dificultad que señalan es un conflicto arquetípicamente francés. Sin la asociación libre de agentes independientes para forjar o alterar su condición: ¿cuál será el *pneuma* que pueda transformarlos inesperadamente, de un día para otro, en una fuerza colectiva capaz de sacudir a la sociedad de sus raíces?

Para los custodios del *statu quo*, estos son pensamientos vespertinos, que se diluyen rápidamente con las primeras luces de un excepcional amanecer en la historia francesa. "Nunca antes el país ha tenido tanto poderío económico o tanta riqueza", festejaba Jean-Marie Colombani en *Les infortunes de la République* (2000). "Nunca antes el dinamismo del país ha estado tan bien equipado para ser la locomotora económica de Europa". O lo que es aún mejor: "nunca antes se ha senti-

45 Para mayores consideraciones, ver su obra *Homo Juridicus* (Supiot, 2005).

do en Francia una 'alegría de vivir' tan palpable como en estos albores del siglo XXI" (Colombani, 2000: 165). Con frecuencia, las grandilocuencias de este tipo son barridas por fuertes corrientes subterráneas. Gran parte del contenido de esta obra, que concluye con esta perorata, se aboca a advertir sobre el daño causado por críticos como Debray o Bourdieu a la sana comprensión que los franceses tienen de sí mismos. De hecho, el editor de *Le Monde* podría haber dirigido la vista hacia el interior de su casa. El retroceso de la ola liberal en Francia dejó una variedad de objetos perturbadores sobre la playa.

Entre ellos se encuentra el notorio éxito de la antítesis diaria en la publicación mensual que lleva su nombre: *Le Monde diplomatique*, con tanto en común con el diario de Colombani como, en el extremo opuesto, lo que tiene hoy el *Komsomolskaya Pravda* con el original. Bajo la dirección editorial de Ignacio Ramonet y Bernard Cassen, ha sido un percutor enérgico de cada máxima del repertorio neoliberal y neoimperial, ofreciendo una cobertura crítica del mundo de la política en tajante contraste con el mermante perímetro de atención de *Le Monde*. Con casi un cuarto de millón de lectores en Francia, *Le dipló* se ha convertido en una institución internacional, con más de veinte ediciones impresas en idiomas locales en el extranjero, desde Italia hasta América Latina y desde el mundo árabe hasta Corea, a las que se suman veinte publicaciones más en Internet, que incluyen a Rusia, Japón y China: en total, una audiencia de un millón y medio de lectores. Ninguna otra voz francesa contemporánea ha logrado este alcance global.

Asimismo, el periódico no sólo fue un antídoto contra la sabiduría reinante, sino también un organizador. Con posterioridad a la crisis financiera asiática de 1997, creó ATTAC, una "asociación para la educación popular" –actualmente con sucursales en toda la Unión Europea– para estimular los debates y las propuestas rechazadas por el Fondo Monetario Internacional y la Comisión Europea. Para cualquier publicación, el desempeño de una función organizacional implica pagar un costo –habitualmente, una aversión a enfadar a sus lectores, revés del cual *Le dipló* no ha podido escapar. Con todo, su función inspiradora ha sido notable. Cuatro años después, *Le Monde diplomatique* y ATTAC fueron factores esenciales en la creación del Foro Social Mundial de Porto Alegre, en el lanzamiento del movimiento altermundialista, que desde entonces se ha convertido en el principal punto de unión de los opositores al orden existente en las diferentes latitudes. Aquí, en un escenario transnacional desconocido, Francia retomó parte de su lugar histórico como territorio de vanguardia de la izquierda, actuando como propulsor de ideas y fuerzas radicales más allá de sus fronteras.

Una fusión similar de efectos nacionales y globales puede encontrarse en cualquier lugar en la *gauche de la gauche* surgida en la década pasada. La bigotuda figura de José Bové simboliza otra de sus facetas. ¿Qué mejor arquetipo de Francia que este fabricante de Roquefort de Larzac, adversario de General Motors y McDonald's? Si el movimiento alterglobalizador cuenta con sus héroes internacionales, el carismático granjero que fundó la Confederación Campesina dentro del país y ayudó a la creación de Vía Campesina a nivel internacional –en actividad desde el Macizo Central hasta Palestina y Río Grande do Sul– se encuentra entre ellos. Típicamente, los medios franceses toleraron su presencia mientras pudieron tratarlo como una pieza de folklore inofensiva. Pero cuando tuvo el coraje de criticar a Israel, otra fue la situación. De la noche a la mañana, Bové se convirtió en un *bête noire*, un demagogo de mala reputación que daba al país una mala imagen en el exterior.

El rol de Pierre Bourdieu en estos años pertenece a la misma constelación. Hijo de un cartero en una remota villa de Béarn, en la frontera con España, su trayectoria presenta gran similitud con la de Raymond Williams, hijo de un ferroviario en la frontera con Gales, y que era además consciente de la afinidad. Bourdieu y Williams compartían el duro ascenso desde sus orígenes hasta un cargo de elite en la academia y, también, el sentimiento común de una aguda enajenación en el mundo de los *cumulard* y de la *hight table*, que los hizo más radicales tras adquirir una reputación estable. Incluso las objeciones típicas a su prosa –que los críticos, con su mirada aguzada por la hostilidad política, caracterizaban como de una densidad reiterativa y sobre-elaborada?– tenían similitud. Para ambos, la experiencia central que establecía toda la agenda de una vida de trabajo era la desigualdad. En el caso de Bourdieu, las refinadas páginas de su *Esquisse pour une auto-analyse*[46] –que escribió justo antes de su muerte– son sus recuerdos del mundo oscuro y violento de sus años escolares en el liceo de Pau (Bourdieu, 2004: 117-127).

Luego de su iniciación en la sociología en Argelia –es sorprendente la cantidad de líderes intelectuales franceses que, de un modo u otro, fueron marcados por su estadía en la colonia: Braudel, Camus, Althusser, Derrida, Nora–, Bourdieu desarrolló su línea de trabajo en dos direcciones principales: el estudio de los mecanismos de desigualdad en la educación y la estratificación en la cultura. Estas fueron las

46 N. del E.: Hay traducción castellana: *Autoanálisis de un sociólogo* (Barcelona: Anagrama, 2006).

investigaciones –*Homo Academicus*, *La distinction*, *Les règles de l'art*– que lo hicieron famoso. Sin embargo, en la última década de su vida, desanimado por el trato de los sucesivos gobiernos a los pobres y desprotegidos, Bourdieu dirigió su atención al destino de los perdedores en Francia y a los sistemas político e ideológico que los confinaban a ese lugar. *La misère du monde*, que apareció dos años antes de la explosión social de fines de 1995, puede leerse como un documental anticipado de esta. En su momento, Bourdieu asumió el liderazgo en la movilización de apoyo intelectual a los huelguistas, en contra del gobierno y sus defensores en los medios y en el ámbito académico. Pronto se ubicaría al frente de las luchas sobre la inmigración ilegal, en defensa de los "sin papeles", convirtiéndose en la voz más autorizada de la opinión no subyugada en Francia. *Raisons d'agir*, la guerrilla intelectual que creó para desestabilizar al consenso, se especializó en flanquear ataques contra la prensa y la televisión: *Les nouveaux chiens de garde* de Hamili y el propio *Sur la télévision* de Bourdieu fueron dos importantes armas dentro de su arsenal. En la época en la que murió, Bourdieu estaba planeando los Estados Generales de los Movimientos Sociales en Europa. Su amigo Jacques Bouveresse –líder filosófico semianalítico, un pensador atractivo pero de distinta clase– brindó a Bourdieu el que fuera, quizá, el mejor de los tributos, no sólo al escribir bien sobre él, sino también contribuyendo a un proyecto común, ofreciendo en *Schmock* (2001) sus reflexiones agudas sobre Karl Kraus y el periodismo moderno.

La intransigencia de Bourdieu consistió en una negación a la reflexión sometida al marco de las ciencias sociales. Una tendencia similar puede apreciarse en el mejor cine francés de los últimos años: películas como *L'emploi du temps* de Laurent Cantet o *La vie rêvée des anges*[47] del también sociólogo Eric Zoncka, que muestran las crueldades y la destrucción del *vivre heureux*[48] de Colombani. Francia presenció, quizás también, el intento más ambicioso hasta ahora de definir la forma global de las mutaciones del capitalismo de fines del siglo XX, en una obra cuyo título recuerda, deliberadamente, el clásico de Weber en sus orígenes. *Le nouvel esprit du capitalisme* (1999) de Luc Boltanski y Eve Chiapello[49] vincula la sociología industrial, la economía política y la investigación filosófica en un amplio panorama de las formas en que las relaciones entre el capital y el trabajo se han reconfigurado a fin de

47 N. del E.: Ambos filmes fueron estrenados en América Latina como *El empleo del tiempo* y *La vida soñada de los ángeles*.

48 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "vivir feliz".

49 N. del E.: Hay traducción castellana: *El nuevo espíritu del capitalismo* (Madrid: Akal, 2002).

absorber la revolución cultural de la década del sesenta y concebir una nueva dinámica de lucro, explotación y emancipación de todos los sedimentos de la ética que preocupaba a Weber. Esta síntesis crítica carece de parangón en los países anglófonos. Sin embargo, al igual que el trabajo de Bourdieu, también sugiere una extraña asimetría dentro de la cultura francesa de las últimas décadas. A excepción de su objeto teórico general, toda su información empírica y casi todas sus referencias intelectuales son nacionales. Esta introversión no ha sido confinada a la sociología. La involución de la tradición de los *Annales* luego de Bloch y Braudel ofrece otro sorprendente ejemplo. Mientras que los historiadores británicos de los últimos treinta o cuarenta años se han distinguido entre sí conforme el alcance geográfico de sus trabajos –a punto tal que apenas existen países europeos que no hayan contado con una contribución sustancial al sentido de su propio pasado, sin mencionar a muchos fuera de Europa[50]–, los historiadores modernos de reputación en Francia se han concentrado predominantemente en su país. Le Roy Ladurie, Goubert, Roche, Furet, Chartier, Agulhon, Ariès: la lista podría extenderse indefinidamente. Los días de Halévy llegaron a su fin.

En un sentido más amplio, si se centra la atención en las ciencias sociales, en el pensamiento político e incluso en algunos aspectos de la filosofía francesa, la impresión es que, por largos períodos ha habido un notable grado de clausura e ignorancia de los desarrollos intelectuales fuera del país. Los ejemplos del atraso resultante son numerosos: un encuentro tardío e incompleto con la filosofía analítica o el neocontractualismo anglosajones; con la Escuela de Frankfurt o el legado de Gramsci; con la estilística alemana o el New Criticism americano; la sociología histórica británica o la ciencia política italiana. Un país que apenas ha traducido a Fredric Jameson o a Peter Wollen y que, incluso, ha sido incapaz de hallar un editor para *Ages of extremes* de Eric Hobsbawm puede bien denominarse una retaguardia en el intercambio internacional de ideas[51].

En lo que respecta a las artes y las letras, el panorama es exactamente opuesto. La literatura francesa bien puede haber declinado su nivel, pero la recepción francesa del mundo literario es

50 Por no escoger más que un ejemplo, entre los muchos posibles para cada caso: Elliot para España; Mack Smith para Italia; Boxer para Portugal; Cartsten para Alemania; Israel para los Países Bajos; Roberts para Suecia; Davies para Polonia; Macartney para Hungría; Needham para China; Lynch para América Latina.

51 N. del E.: La obra fue finalmente traducida al francés, pero por un editor belga (Éditions Complexe de Bruselas) con el sostén de *Le Monde diplomatique*, en 1999. La edición brasileña, simultánea a la inglesa, apareció en 1994 y la castellana unos meses después, con el título *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica, 1995).

un caso aparte. En este campo, la cultura francesa se ha mostrado excepcionalmente abierta al mundo, con un interés en la producción extranjera que ninguna otra sociedad metropolitana ha podido igualar. Una rápida mirada a cualquiera de las pequeñas librerías de París basta para notar la diferencia. Abundan las traducciones de ficción o poesía de las culturas de Asia, Medio Oriente, África, América Latina y Europa Oriental, a un nivel inimaginable en Londres, Nueva York, Roma o Berlín. Pero esta diferencia presenta consecuencias estructurales. La mayor parte de los escritores de lengua extranjera fuera del corazón atlántico que han ganado reputación internacional lo hicieron mediante un pasaje previo por el francés y no el inglés: desde Borges, Mishima y Gombrowicz, pasando por Carpentier, Mahfouz, Krleza o Cortázar, hasta Gao Xinjiang, escritor chino reciente ganador del Premio Nóbel.

El sistema de relaciones que ha producido este patrón de consagración parisina constituye el propósito de la innovadora obra de Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, otro destacado ejemplo de una síntesis imaginativa con un fuerte objetivo crítico en los últimos años. Aquí, los límites nacionales de la obra de Bourdieu fueron decisivamente traspasados, en un proyecto que utiliza sus conceptos de capital simbólico y campo cultural para la construcción de un modelo de inequidades globales de poder entre las distintas literaturas nacionales y el espectro de estrategias utilizadas por los escritores de lenguas periféricas del sistema de legitimación, en un empeño por lograr un lugar en el centro. Ninguno de estos intentos tuvo espacio previamente. El alcance geográfico del material de Casanova –desde Madagascar a Rumania, Brasil a Suiza o Croacia a Argelia–, la claridad y agudeza del mapa de relaciones que ofrece esta autora y, no menos, la generosidad con la que explora los dilemas y trucos de los desaventajados, acercan su obra al fervor francés del Foro Social Mundial. Podría denominarse a su trabajo una suerte de Porto Alegre literario, lo que implica considerarla como un comienzo, con argumentaciones y discusiones mucho más encarnizadas por venir. Pero cualquiera sea el resultado de las críticas u objeciones resultantes, *La République mondiale des lettres* –un imperio más que una república, como sugiere Casanova– es susceptible de causar el mismo tipo de impacto liberador que el *Orientalism* de Said, con el que merece compararse[52].

52 N. del E.: De ambas obras hay traducción castellana: Casanova, Pascal *La república mundial de las letras* (Barcelona: Anagrama, 2001); Said, Edward W. *Orientalismo* (Madrid: Produfhi/Libertarias, 1993).

Sin embargo, el enigma más grande aún perdura: ¿cómo se explica el extraño contraste entre un cosmopolitanismo literario único y un tan extenso parroquianismo intelectual en Francia? Es tentador preguntarse si la respuesta radica simplemente en la relativa autoconfianza de cada sector: la permanente vitalidad nativa de la historia francesa y la teoría que induce a la indiferencia por la producción extranjera, mientras que el declinante prestigio de las letras francesas exige compensación en el rol de intérprete universal. Podría haber algo de esto, pero de seguro no lo es todo, pues la función de París como capital mundial de la literatura moderna –la cima de un orden internacional de consagración simbólica– ha sido largamente precedida a la pérdida de reputación de los propios autores franceses, que se remonta, al menos, a los tiempos de Strindberg y Joyce, tal como lo demuestra Casanova.

Por su lado, existe un arte paralelo que contradice completamente dicha explicación. La hospitalidad francesa a los rincones más remotos de la tierra ha sido también incomparable en el cine. Cotidianamente, se proyectan en París cerca de cinco veces más películas extranjeras, actuales o pasadas, que en cualquier otra ciudad del mundo. Gran parte de lo que actualmente se denomina "cine del mundo" –iraní, taiwanés, senegalés– debe su difusión a la consagración y financiación francesas. Si directores como Kiarostami, Hou Xiao Xien o Sembene dependiesen de la recepción del mundo anglosajón, pocos fuera de sus tierras nativas tendrían alguna vez un atisbo de sus obras. Sin embargo, esta apertura a la cámara extranjera ha estado allí desde un principio. El brío de la *Nouvelle Vague* surgió del entusiasmo por los musicales y las películas de gangsters hollywoodenses, el neorrealismo italiano y el expresionismo alemán, que brindaron mucho de su vocabulario para reinventar el cine francés. La energía nacional y la sensibilidad internacional fueron inseparables desde el inicio mismo.

Estos contrastes son un recordatorio de que ninguna sociedad, cualquiera sea su envergadura, mantiene una dirección a paso uniforme. Siempre existen contracorrientes y enclaves, desvíos o retrocesos de lo que a la vista parece el camino principal. En la cultura, al igual que en la política, rigen la contradicción y la incoherencia. No impiden el juicio general, pero ciertamente lo complican. No es absurdo hablar de una decadencia francesa desde mediados de los setenta. Pero el sentido actual del término –aquel de Nicolas Baverez, entre otros– que dio origen a *le déclinisme* debe evitarse. Su enfoque se halla dirigido en extremo al desempeño económico y social, entendido como una evaluación de competencia. La historia de posguerra ha demostrado con cuánta facilidad pueden virar las posturas relativas. Los veredictos basados en ellas son, por lo general, meramente superficiales.

El declive en este sentido ha sido algo diferente. Aproximadamente veinte años después del fin de los *trente glorieuses*, el ánimo de las elites francesas no era distinto de la versión democrática de la perspectiva de 1940 y los años sucesivos: un sentimiento generalizado de que el país había sido infectado con doctrinas subversivas que debían purgarse, de la necesidad de recuperar las líneas más saludables del pasado de la nación y, principalmente, de que las formas de una modernidad necesaria debían buscarse en el Gran Poder de la hora y de que era imperiosa su adaptación o adopción para la reconstrucción interna. El modelo americano, más benigno que el alemán, tuvo una duración mayor. Pero, finalmente, incluso algunos de sus adictos se vieron invadidos por la duda. ¿No era posible que al final de esta senda aguardara una impoluta banalización de Francia? La reacción se hizo notar a partir de mediados de los noventa.

Aún dista de ser claro cuán profundo puede llegarse o cuál será el resultado final. El impulso para sujetar una camisa de fuerza neoliberal convencional sobre la economía y la sociedad ha disminuido, pero no ha flaqueado –basta con Maastricht para asegurarlo. Aquello que no pueda lograrse en forma frontal podrá llegar gradualmente, por erosión de las protecciones sociales más que por su ataque, quizá la vía más típica en cualquier caso. La aspiración consiste en una normalización gradual, similar a la que busca el gobierno actual de bajo perfil conducido por Raffarin, con menos riesgos que la normalización galopante que los admiradores esperan de Nicolas Sarkozy, el último *D'Artagnan* de la derecha, y que en las condiciones actuales de Francia podría resultar más efectiva. No será el Partido Socialista, al mando durante 16 de los últimos 24 años, quien frene esta situación. Sus monumentos culturales, la lacra de pacotilla de los *grands travaux* de Mitterrand y de la vulgaridad de las funciones estelares de Jack Lang –merecidamente aborrecidas por la opinión conservadora– fueron el epítome de todo lo que significó el progreso de la banalización.

Fuera del país, las actitudes de la pasión francófila aún común durante entreguerras habían desaparecido casi por completo. Como la mayoría de sus vecinos –o incluso más todavía–, Francia despierta hoy en día sentimientos encontrados. La admiración y la irritación con frecuencia se expresan con la misma intensidad. Pero si el país fuera a convertirse en otro morador dentro de la jaula de las conformidades atlánticas, se dejaría un gran hueco en el mundo. La desaparición de todo lo que ha representado cultural y políticamente, en su diferencia pirotécnica, sería una pérdida de magnitud difícil de asir. Es arduo determinar qué tan cercana es esta posibilidad. Esto recuerda la seca réplica de Smith a Pitt: la nación carga con innumerables ruinas.

Las estratificaciones y las complejidades ocultas del país, la turbulencia periódica subyacente a la pacificada superficie de una sociedad de consumo, los impulsos esporádicos –¿acumulativos o residuales?– que se balancean osadamente a la izquierda de la izquierda y el impaciente pasado de aburrimiento democrático son algunas de las razones para pensar que el juego aún no ha concluido. Tras explicar, lúcida y extensamente, por qué Francia ha dejado de estar sujeta a las líneas de falla revolucionarias de los siglos XIX o comienzos del XX y ha alcanzado, al fin, un orden político estable y legítimo, Raymond Aron concluye, sin embargo, su gran editorial de 1978 con una advertencia: "*Ce peuple, apparemment tranquille, est encore dangereux*"[53]. Esperemos que así sea.

Bibliografía

Aron, Raymond 1978 "Incertitudes françaises" en *Commentaire* (París) Nº 1.

Baverez, Nicolas 2003 *La France qui tombe* (París: Perrin).

Barthes, Roland 1957 *Mythologies* (París: Seuil).

Beld, David 1997 "Paris blues" en *The New Republic* (Washington DC) Nº 1, 1 de septiembre

Berger, Denis y Maler, Henri 1996 *Une certaine idée du communisme* (París: Éditions du Félin).

Boltanski, Luc y Chiapello, Eve 1999 *Le nouvel esprit du capitalisme* (París: Gallimard).

Bourdieu, Pierre 2004 *Esquisse pour une auto-analyse* (París: Raisons d'agir).

Chevallier, Jean-Jacques; Carcassonne, Guy y Duhamel, Olivier 2002 *La V République. 1958-2002. Histoire des institutions et des régimes politiques en France* (París: Armand Colin).

Colombani, Jean-Marie 2000 *Les infortunes de la République* (París: Grasset).

Daniel, Jean 1999 "Journaliste et historien" en *Commentaire* (París) Nº 84, invierno.

Duhamel, Alain 2003 *Le désarroi français* (París: Plon).

Englund, Steven 1993 "The ghost of Nation past" en *Journal of Modern History* (Chicago) junio.

Finkielkraut, Alain et al. 2002 "Manifeste pour une pensée libre" en *L'Express*, 28 de noviembre.

Furet, François 1982 *L'atelier de l'histoire* (París: Flammarion).

Furet, François 1988a "La France unie" en Furet, François; Julliard, Jacques y Rosanvallon, Pierre *La République du centre. La fin de l'exception française* (París: Hachette).

Furet, François 1988b *La Révolution. De Turgot à Jules Ferry. 1770-1880* (París: Hachette).

53 N. de la T.: En francés en el original. En castellano, "Este pueblo, aparentemente tranquilo, es aún peligroso".

Furet, François 1995a "Chronique d'une décomposition" en *Le Debat* (París) Nº 83, enero-febrero.

Furet, François 1995b *Le passé d' une illusion* (París: Robert Laffont/Calmann-Lévy).

Furet, François 1997a "L'énigme française" en *Le Débat* (París) Nº 96, septiembre-octubre.

Furet, François 1997b "L'idée française de la Révolution" en *Le Débat* (París) Nº 96, septiembre-octubre.

Furet, François 1999 *Un itinériare intellectuel. L'historien journaliste, de France "Observateur" au "Nouvel Observateur" (1985-1997)* (París: Calmann-Lévy).

Furet, François y Richet, Denis 1965-1966 *La Révolution* (París: Hachette/Réalités).

Furet, François; Julliard, Jacques y Rosanvallon, Pierre 1988 *La République du centre. La fin de l'exception française* (París: Hachette).

Grémion, Pierre 1999 "Ecrivains et intellectuels à Paris. Une esquisse" en *Le Débat* (París) Nº 103, enero-febrero.

Halimi, Serge 1997 *Les nouveaux chiens de garde* (París: Liber/Raisons d'agir).

Halimi, Serge 2003 "Un débat intellectual en trope-l'oeil" en *Le Monde diplomatique* (París) enero.

Kaplan, Steven 1993 *Adieu 89* (París: Fayard).

Le Débat 1992 "L'utopie démocratique à l'américaine" Nº 69, marzo-abril.

Le Débat 1997 "L'Amérique de Clinton" Nº 94, marzo-abril.

Le Roy Ladurie, Emmanuel 1981 "L'idiologie française" en *Le Débat* (París) Nº 13, junio.

Lindenberg, Daniel 2002 *Le rappel a l'ordre. Enquête sur les nouveaux réactionaires* (París: Seuil).

Manent, Pierre 1987 *Histoire intellectuelle du libéralisme. Dix leçons* (París: Hachette).

Nora, Pierre 1961 *Les français d'Algerie* (París: Gallimard).

Nora, Pierre 1980 "Que peuvent les intellectuels?" en *Le Débat* (París) Nº 1, mayo.

Nora, Pierre 1981 "Un idéologue bien de chez nous" en *Le Débat* (París) Nº 13, junio.

Nora, Pierre 1982 "Au milieu de gué" en *Le Débat* (París) Nº 21, septiembre.

Nora, Pierre 1984 "Entre mémoire et histoire" en *Les lieux de mémoire* (París: Gallimard) Tomo I.

Nora, Pierre 1986 "Presentation" en *Les lieux de mémoire. La Nation* (París: Gallimard) Tomo I.

Nora, Pierre 1990 "Diz ans de Débat" en *Le Débat* (París) Nº 60, mayo-agosto.

Nora, Pierre 1992 "Comment écrire l'histoire de France" en *Les lieux de mémoire. Le France* (París: Gallimard) Tomo I.

Péan, Pierre y Come, Philippe 2003 *La face cachée du "Monde". Du contre-pouvoir aux abus de pouvoir* (París: Mille et Une Nuits).

Remond, René 2002 "Inestabilidad legislativa, continuidad política" en *Le Débat* (París) Nº 110, mayo-agosto.

Supiot, Alain 2005 *Homo Juridicus* (París: Seuil).

Véron, Nicolas 2004 "Les heureuses mutations de la France financère" en *Commentaire* (París) Nº 104, invierno.

Woloch, Isser 1990 "On the latent illiberalism of the French Revolution" en *American Historical Review* (Chicago) diciembre.